



SS

**SERVICIO
SECRETO**

MARK HALLORAN
ENTERRAD
VUESTROS MUERTOS

MARK HALLORAN

ENTERRAD VUESTROS MUERTOS

1.^a EDICIÓN
ENERO 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 14261 - 1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MARK HALLORAN - 1961

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1961**

N. R. 5304/60

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

480. — El hombre de Dodge. 603. — Johnny ha vuelto. 671. — Pagado con plomo.

En Colección BUFALO:

61. — Ha llegado un hombre. 189. — Jinetes en el cielo. 305. — El frío de la tumba.

En Colección SERVICIO SECRETO:

533. — Una cruz para cada muerto. 536. — El asesino ha muerto. 539. — Aquel jueves negro.

En Colección CONGO:

4. — Los diamantes de Kwan.

En Colección KANSAS:

69. — Johnny Puma.

En Colección ASES DEL OESTE:

28. — ¡Volad, insectos de plomo. 53. — Ras-
tros humeantes.



CAPÍTULO PRIMERO

La morenaza detuvo el coche y dedicó a Jerry una lánguida sonrisa.

—Este es el sitio: Torzado. Aquí me quedo. Temo que si quiere seguir hasta San Roque, tendrá que hacerlo en camión. No será tan cómodo.

—No ha sido solamente cómodo —dijo él.

Hizo visera con la mano para resguardarse los ojos del sol y mirar lo que tenía en torno. Vio poco más o menos lo de siempre: el valle y el río, un muro de montes de color violáceo, hendido por una brecha, la selva por doquier y la ciudad en medio.

¿Ciudad?

Torzado merecía el apelativo de ciudad, por lo menos en gracia a su extensión. En aquel lugar se producía la confluencia de los ríos Bravo y Jarape. Ambos se dividían en un cañamazo de brazos y canales no del todo salubres. Por allí se desperdigaban las casas. A simple vista podía distinguirse la neta separación entre barrios de ricos y barrios de pobres, señalada por el curso del Bravo. Luego, en los barrios de pobres, habría sin duda el sector indio, el sector negro, el sector amarillo. Como siempre. Los barrios de ricos

ascendían por la ladera del valle más de ricos cuanto más se alejaban de las aguas fétidas. En bloque, hacia el noroeste, los altivos *buildings* a estilo yanqui permitían identificar la zona comercial y financiera: aire acondicionado, ascensores, electrónica, higiene, télex y dividendos. Echar un *drink* y firmar un cheque. Las piernas de la taquimeca rubia. A vivir.

Habría en Torzado cincuenta mil habitantes, o más, de los cuales cuarenta y cinco mil no contaban. Los restantes lo eran todo: dinero, política, gobierno, diversiones, placeres, dinero, taquimecas y cobre. Jerry imaginaba el panorama. Del lado del Jarape entre las primeras colinas, se distinguían las avanzadillas de la explotación minera que había dado nacimiento a la ciudad y seguía constituyendo su principal razón de ser. Seguro, sin embargo, que levantarle un monumento al cobre sería algo que a nadie se le habría ocurrido.

El coche de la morena se había detenido en el punto en que una avenida se desviaba de la carretera para adentrarse en el barrio. Una lápida informaba que se trataba de la avenida Seis de Agosto.

—¿De veras cree que le conviene dirigirse a San Roque?

Jerry interrumpió su contemplación para volverse hacia la mujer. Su mano asía ya la manija de la portezuela.

—¿Por qué no ha de convenirme?

—Dice que va en busca de trabajo. Es aquí donde lo hay, sobre todo para un hombre como usted... Quiero decir...

—¿Sí?

La morena pestañeaba.

—Tengo la mala costumbre de ser muy sincera, ¿no sabe? Causa usted buena impresión. Posee mundo, parece inteligente, se comporta con aplomo, inspira respeto, se le adivina activo y resuelto. Nadie le tomaría por un vagabundo haragán. ¿Qué busca en San Roque? Allí no encontrará más que cafetales.

—¿Y aquí?

—Lo que desee.

—Me gusta el café.

—A mí también, pero en taza. Torzado es una ciudad en pleno desarrollo. Faltan hombres de verdad, hombres de empuje.

Jerry había abierto la portezuela. Miró a la mujer a los ojos.

—¿Faltan en Torzado o le faltan a usted?

Ella sostuvo su mirada. No había mentido al afirmar que era sincera: quería algo y no lo disimulaba. Jerry sabía perfectamente qué, como cualquiera lo hubiese sabido.

—Supongamos que las dos cosas. Mi padre es director de la

Compañía General de Minas...

—¿Un padre complaciente? —preguntó él con suavidad.

—Mucho.

Jerry se echó a reír.

—Confíteselo, nena —abrió por completo la portezuela, cogió su saco de viaje y se apeó—. Cuando emprendí el camino valle arriba, lo hice pensando en los cafetales de San Roque. No he nacido para minero. Gracias por haberme traído hasta aquí.

Ella no semejó oírle. Continuaba mirándole fijamente.

—Un padre complaciente y un hombre de gran influencia —añadió—. Don Florencio Salas. Yo me llamo Magda Salas. Habitamos en el Paseo del General Villanueva, número veinte. Recordar estas señas puede serle útil.

Jerry cerró la portezuela de un empujón.

—Muy amable.

Por la ventanilla abierta estudió pensativo a la mujer. ¿Un padre complaciente? Quizá. Con su negro y sedoso cabello, su bronceado rostro de altos pómulos en el que destacaban los ojos verdes y los carnosos labios rosados; con su soberbio cuerpo, tenso, vibrante, femenino, turbador, enfundado en un ligero vestido blanco de falda corta y generoso escote, ella necesitaba un padre complaciente. Cualquier otra clase de padre hubiera vivido en perpetuo sobresalto.

La mujer asemejó adivinar sus pensamientos. Rio burlonamente mientras pisaba el pedal de embrague y se disponía a remprender la marcha.

—Hasta la vista, forastero —dijo con intención.

Él no contestó.

¿Para qué?

El lujoso «Chrysler» gris y plata se puso en movimiento con la luz intermitente encendida y giró para embocar la Avenida Seis de Agosto. La morenaza saludó todavía con la mano antes de alejarse.

Buen viento.

Jerry se desperezó y tensó la espalda. El sol caía a plomo, el calor era achicharrante, la luz dolía.

Se encontraba en la carretera que bordeaba la ciudad por la parte alta de esta y eran las once de la mañana. Hora y media antes había estado a ciento veinte kilómetros de distancia, en la boca del valle, frente al caserío donde pasara la noche, haciendo pacientemente signo de «auto-stop». Más de treinta vehículos ignoraron su signo, la mayoría de ellos camiones: los pesados camiones, algunos con remolque de hasta dos unidades, que remontaban de vacío el valle para volver a descender cargados con

el producto de las minas e industrias de cobre de Torzado. Ninguno se detuvo.

El «Chrysler» gris y plata sí se había detenido.

—¿Va a Torzado, forastero?

Los ojos verdes, la insinuante sonrisa, las morenas piernas emergiendo de la corta falda blanca.

—A San Roque.

—Suba. Le dejaré en Torzado.

Jerry no se había sorprendido. Llevaba recorrida en «auto-stop» más de la mitad del país y sabía por experiencia —a veces pintoresca experiencia—, que tenía un ochenta por ciento de probabilidades de ser recogido por una mujer, y casi la certidumbre de que sería una mujer sola. Algo las atraía. ¿Qué? A él le importaba un pimiento. Nunca había dado un paso, nunca había movido un pie para correr detrás de la vida ni de las cosas de la vida. Si alguna vez lo había movido fue, por el contrario, para escapar de según qué.

Pensó en ello ahora, mientras el «Chrysler» desaparecía en la curva de la Avenida Seis de Agosto. Escapar. A San Roque, por ejemplo. A los cafetales sin horizonte, a la monotonía, al olvido. San Roque era el último punto que se podía alcanzar en dirección oeste por la carretera que, partiendo de la costa, ascendía hacia el interior. Más allá solo estaban la manigua y la charca, el reino del jaguar, el caimán y la anaconda; solo el último y desesperado refugio.

Un camión.

A pie firme bajo el sol, al borde de la carretera, una figura alta y rubia, camiseta blanca y pantalones tejanos, sólidos los hombros, amplio el torso, enjutas las caderas, largas las piernas, Jerry movió la mano señalando la ruta de San Roque.

El camión pasó de largo.

Casi en el mismo instante apareció un coche en la curva de la avenida. Sus neumáticos arrancaron del pavimento un sonido como de violín. Se aproximaba a enorme velocidad que no disminuyó ante el cruce.

Jerry lo miró con sorpresa.

De haber salido a la carretera quince segundos antes, el coche se hubiera estrellado contra el camión.

Suerte.

Los neumáticos derraparon al tomar la nueva curva. ¿Por qué tanta prisa?

De pronto, un frenazo. El auto coleó peligrosamente. No llegó a

detenerse del todo. Antes de que lo hiciera, fue abierta una de las portezuelas traseras, un cuerpo fue empujado al exterior, y enseguida el coche rempendió su carrera con salvaje impulso.

Un hombre.

Había quedado tendido en el suelo, dobladas las rodillas, y movía un brazo de una manera rara. Jerry le oyó gritar quejumbrosamente.

Acudió a su lado.

El coche huía en dirección a San Roque.

El hombre era moreno, muy joven. Vestía guayabera y pantalones blancos. Estaba cubierto de sangre. Su rostro, en particular, era una mancha de sangre, carne tumefacta, polvo y algo que parecía hollín. En medio de la mancha se abrían sus ojos horrorizados, saltones, de dilatadas pupilas.

Tenía una herida en el vientre. Una herida mortal.

Estaba agonizando bajo aquel sol de infiernos, y por un momento experimentó Jerry la sensación de que el moribundo centraba todo el paisaje como un polo. El mundo había quedado en silencio, en ardiente silencio. Los montes a la espalda, la ciudad delante, el valle a derecha e izquierda.

Un silencio que ardía.

—Buena te la han pegado, hijo —dijo Jerry.

Los ojos le miraron.

—Usted... por favor...

—No te muevas.

La boca destrozada se abría en el último esfuerzo.

—Busque a Carreras... Dígale... dígale que los aplaste. Dígale que ha sido por lo de ayer...

Jerry desvió la vista para dominar sus náuseas.

—Está bien.

—Dígale que yo... no tengo la culpa...

—No tienes la culpa.

—No.

—¿Eres cristiano?

—Sí.

—Pues pide a Dios que perdone a los que te han hecho esto. Será el mejor visado para tu pasaporte.

—Usted...

Jerry miró carretera abajo.

—Y cierra el pico.

Se restañó con el dorso de la mano el sudor de la frente.

Oyó un motor.

Giró en redondo cuando el motor rugía desembragado, y el frenazo sonaba como un aullido. Un «Mercury» rural. Dos hombres que saltaban a tierra.

Uno de los dos le apuntó con una «Schmeisser» al estómago.

El otro corrió a agacharse junto al caído.

—¡Perico! —gritó.

Un tercer hombre, el conductor, se había apeado a medias del «Mercury». Preguntó desde allí:

—¿Qué? ¿Es él?

—¡Perico! —repitió el que estaba agachado, ahora con una nota desgarrada en la voz. Tocó el brazo del pobre tipo como invitándole a responder, y luego volvió la cara hacia el del coche—. Muerto —anunció—. ¡Le han matado, Evaristo! ¡Le han matado!

—Aparte eso —dijo Jerry al individuo de la metralleta.

El individuo no hizo caso. Preguntó nerviosamente:

—¿Quién es usted?

—Uno que a veces ayuda al prójimo. Aparte eso, le digo.

El tercer hombre se aproximaba.

—¿Quién es? —inquirió.

—La primera vez que le veo.

—Mira si lleva algún petardo encima.

El que acudió junto al caído estaba ahora de rodillas y daba muestras de gran emoción. Jerry le contempló con el entrecejo fruncido mientras el que empuñaba la «Schmeisser» se le acercaba por detrás y le cacheaba con mano inhábil.

Al hombre que se había apeado en tercer lugar no parecía importarle demasiado el muerto. Debía de andar por los cincuenta años, tenía buen vientre y llevaba un cigarro apagado en la boca. Vestía un traje de algodón gris muy arrugado, camisa amarilla de cuello abierto, con el vello del pecho asomando como una selva. Era velludo todo él. Pese a ir afeitado, la barba azuleaba su mandíbula.

—No lleva nada —informó el de la metralleta.

El hombre se quedó como antes.

—¿Amigo de ustedes? —preguntó Jerry, señalando con la cabeza al muerto.

—Por ejemplo.

—Lo han tirado de un coche. Venían por la avenida y han seguido por la carretera hacia San Roque.

—¿Sí?

El que se había arrodillado junto al cadáver se mordía una mano y tenía los ojos llorosos. Los alzó hacia Jerry para escuchar.

—Hace un momento —añadió este.

El hombre del cigarro se encogía de hombros.

—Meted a Perico en el coche antes de que se organice un sarao —ordenó. Hablaba a sus compañeros, pero miraba a Jerry—. ¿Ese saco que hay ahí es suyo?

—Sí.

—Agárrelo y venga.

—Voy a San Roque. Estoy esperando que alguien me recoja.

—Está esperando narices. Vamos, pronto.

Con delicadeza, casi con ternura, el de los ojos llorosos asió al muerto por debajo de los brazos. Aguardaba a que el de la «Schmeisser» le ayudara levantando el cadáver por los pies.

Lo hizo después de colgarse el arma a la espalda.

—Hala —insistió el del cigarro.

Jerry suspiró y fue en busca de su saco de viaje.

Espontáneamente se organizó la procesión bajo el sol de fuego. Primero los dos con el muerto, luego Jerry, detrás, el tercer hombre.

Metieron el cadáver en la trasera del «Mercury».

El tercer hombre encendió su trozo de cigarro.

—Usted ahí delante.

Jerry se sentó a su lado en el asiento delantero, con el saco entre las piernas.

Se oía un camión carretera abajo. Se advirtió que cambiaba de marcha.

El «Mercury» arrancó y tomó por la Avenida Seis de Agosto antes de que camión apareciese.

CAPÍTULO II

El pájaro de la «Schmeisser» era un mulato estrecho de pecho, feo, de pies y manos demasiado grandes. El otro no, el otro era blanco puro; un tipo latino, delicado, un poco largo el cabello, vestido con suma pulcritud.

Jerry estuvo un momento mirándoles a los dos por encima del respaldo del asiento. Luego se volvió y contempló cómo las velludas manos del hombre del cigarro manejaban el volante.

—¿Es usted Carreras? —preguntó.

Le vio enarcar las cejas.

—¿Yo? No.

—Me ha pedido el chico que busque a Carreras y le diga que él, el chico no tiene la culpa.

Las manos hicieron sobre el volante un gesto raro.

—¿El chico?

—Vivía aun cuando lo han tirado del coche. Tenía mucho empeño en hablar. No me he dado cuenta, pero creo que ha muerto en el momento justo de llegar ustedes.

—¿Qué más?

—¿Qué más qué?

—Dice que tenía empeño en hablar.

—Si a alguien le interesa eso, será a Carreras, sea quien sea; no a usted. Por ello preguntaba.

El hombre guardó silencio.

Pero instantes después, murmuró entre dientes:

—Así que el chico estaba vivo.

Detenía el coche.

Jerry vio una casa de una sola planta, larga, con muchas celosías, rodeada de flores. Una hermosa casa de piedra y madera.

El hombre dio marcha atrás para colocar el coche a la sombra.

—¿Qué hacemos? —preguntó el mulato.

—Esperad —el hombre se apeaba—. Usted, venga.

Jerry titubeó.

—Empiezo a aburrirme.

—¿Viene?

—No me gusta que...

—¿Viene?

—Está bien.

Las celosías protegían del sol una galería que se extendía a lo largo de toda la fachada de la casa. En la galería, en claroscuro, un fulano se hallaba en pie, mirando con expectación hacia los recién llegados y el coche.

Conforme se acercaba a él vio Jerry que se trataba de un tipo notable: alto, gallardo, metido en un elegante traje de seda cruda. Tenía el cabello completamente blanco, en vivo contraste con su tez bronceada y su cara joven, de rasgos enérgicos y altivos, bellos, duros y varoniles. Sus grandes ojos grises refulgían. Sostenía un vaso en la mano.

—¿Qué ocurre, Evaristo? —preguntó desde lejos. Su magnífica voz de bajo vibraba como en un disco de alta fidelidad—. Estas no son mis órdenes.

El del cigarro demoró la respuesta hasta estar frente a él.

—Lo siento, patrón. Malas noticias.

El desconocido clavaba en Jerry sus escrutadoras pupilas.

—No tolero las malas noticias.

—Esta la habrá de tolerar —hubo un fondo casi como de deleite en el tono del hombre—. Perico ha muerto.

El otro dio un corto paso atrás. Fue en realidad equilibrar mejor el cuerpo, fue apenas nada. Pero Jerry, que le observaba atentamente, adivinó que la cólera estallaba con volcánica violencia bajo su aristocrático y soberbio exterior; notó el leve rubor de sus mejillas, la llamarada que aumentaba el brillo de sus ojos, la súbita crispación de sus labios.

—¿Muerto?

—¿No era eso lo que usted temía?

—¿Muerto? —repitió el fulano sordamente—. ¿Perico muerto? ¿Dónde?

—Le traemos en el coche.

—¿Pregunto dónde ha muerto!

—Como morir, a las puertas de la ciudad, en la conjunción de la carretera nacional y la Avenida Seis de Agosto.

El hombre apuró de un trago el contenido de su vaso y depositó este con furia sobre una mesa.

—¿Cuándo?

—Hace unos minutos —Evaristo, el cigarro apagado de nuevo, mantenía su estólida actitud—. Está ahí fuera si quiere verle. No le aconsejo que vaya, a poco revuelto que tenga el estómago.

El desconocido abría y cerraba las manos.

—¿Y este hombre?

—Uno a quién hemos encontrado allí.

—¿Con armas?

—Si no las trae en el saco, no.

—¿Quién es usted? —preguntó quedamente Jerry—. ¿El emperador Moctezuma o alguno de sus sucesores?

—¿Y usted? —replicó el hombre—. Quítale el saco, Evaristo.

El del cigarro se aprestó a obedecer.

Jerry le dejó que se acercara. Le dejó que tendiera la mano hacia su saco de viaje. Solo tenderla.

Soltó el saco de repente, capturó el brazo del individuo y volteó a este sin aparente esfuerzo. Evaristo se derrumbó pataleando. Jerry se abatió de rodillas sobre su tórax, cargó el peso, adrede, con sonriente y deliberada saña. El hombre soltó el aliento y un gruñido de dolor. Un hachazo seco del canto de la mano en el puente de su nariz, le puso fulminantemente fuera de combate.

Jerry se levantó y recuperó el saco.

El hombre de cabello blanco le contemplaba con repugnancia.

—¿A qué venía esto? —preguntó—. Me asquean los alardes de violencia física. Si son inútiles me asquean más.

—Advertí ahí fuera a su oso amaestrado, que empezaba a aburrirme —declaró Jerry—. Sepamos ahora quién es usted. Antes de despedirme. Mera curiosidad, no vaya a creer otra cosa.

El hombre entornaba los párpados. Su repugnancia se trocaba en recelo.

—¿Vive usted en Torzado?

—No tengo esa desdicha ni espero tenerla. Acabo de llegar.

—Si viviera aquí me conocería. Soy el doctor Carreras... Doctor Dionisio Carreras Medrano.

—De modo que Carreras es usted.

—¿Debo entender que ha oído antes mi nombre?

—Se lo he oído a Perico.

—¿Cuándo?

—Cuando agonizaba —sosteniendo con una mano el saco sobre el hombro, la otra mano apoyada en la cadera, Jerry escudriñaba burlonamente el duro y hosco semblante del hombre—. Yo estaba en la conjunción de la carretera y la Avenida Seis de Agosto, haciendo seña a los vehículos por si alguno se avenía a llevarme a San Roque. Un auto, creo que un «Buick», ha salido de la avenida a todo gas. Ha reducido la marcha al entrar en la carretera. Se ha abierto una portezuela y desde dentro han expedido a un hombre. El coche ha huido disparado. He tenido la mala idea de acercarme al hombre por si podía serle útil. ¿Útil? El pobre tipo daba las últimas boqueadas. Me ha dicho textualmente que buscase a

Carreras y le dijera que los aplaste, que ha sido por lo de ayer y que él no tiene la culpa. Yo le he dicho que cerrase el pico y pidiera a Dios el perdón de quienes le habían puesto de aquel modo. Era lo único que podía hacer por él. De vez en cuando cedo a la tentación de ayudar a mis semejantes. No es probable que vuelva a ocurrirme en mucho tiempo.

Carreras lanzó una mirada al inconsciente Evaristo.

—Ya —murmuró.

—Ha terminado todo en un minuto. Sus chimpancés han comparecido cuando Perico moría, y aquí estamos —Jerry hizo con la mano un saludo de despedida—. Muy buenas. Deseo sinceramente que le aproveche el guiso.

—Espere —dijo el hombre.

—¿Para qué? He cumplido ya mi comisión.

—Le digo que espere —Carreras dio unos pasos, abrió las puertas de una alacena y dejó al descubierto un bar-frigorífico. Su tono, aunque imperativo, era casi amable—. Le debo una excusa por las molestias que todo esto le ha ocasionado. Lo menos que puedo ofrecerle es una copa en compensación. A esta hora, ¿no es cierto? siempre apetece.

Jerry sacudió la cabeza.

—Déjelo. Bastante me he metido en lo que no me importa.

—De ningún modo —el hombre sacó una botella de ginebra—. Habla usted correctamente el castellano, pero juraría... Quiero decir que tiene aire extranjero. Quizá me equivoco. ¿Un gin de piña?

—Todos somos hasta cierto punto extranjeros en este país, excepto los indios.

—¿Un gin de piña?

—Algo más seco, si se empeña.

—¿Whisky?

—Venga.

Carreras trocó la botella por otra.

—¿Reside aquí desde hace poco?

—Sí.

—Me gustaría hacer algo por usted. No tome a mal mis preguntas... Lo del pobre Perico nos ha afectado mucho a todos y le suplico que disculpe mi descortesía. Le estoy profundamente reconocido por traerme su mensaje. Profundamente reconocido, señor. Es un consuelo que, por lo menos, el pobre no haya muerto solo.

—Sí, esas son cosas que se dicen —asintió Jerry—. Hielo solamente, por favor. Cuanto más bebe uno, más suda.

Carreras metió cubitos de hielo en el vaso. Luego echó *whisky* en abundancia.

Miraba a Jerry con cierta perplejidad.

—No es la primera vez, ¿verdad? que ve morir a un hombre.

—No —Jerry tomó el vaso—. Gracias.

Carreras comenzó a preparar para sí el gin de piña que había ofrecido. Utilizó el mismo vaso en que estuvo bebiendo antes.

—Palabra que me gustaría hacer algo por usted.

—Hágalo —el *whisky* era excelente—. Voy camino de San Roque. En «auto-stop», porque no tengo dinero. He empleado toda la mañana en llegar desde el caserío de Bajía hasta aquí. Proporcioneme un coche que me lleve.

—¡Naturalmente! ¿Solo eso?

—Basta y sobra.

—¿Tiene usted amigos en San Roque?

—Conocí a uno que trabajó algún tiempo allí.

Carreras suspiró.

—Muchacho, es usted desconcertante —con el vaso de gin en la mano se aproximó a Evaristo y le tocó con el pie. El hombre emitió un ronco gemido—. ¿Sabe que ese golpe suyo en el puente de la nariz puede ser mortal? He pensado en el primer momento que le había fracturado a Evaristo la base del cráneo.

Jerry bebió un nuevo sorbo de *whisky*.

—Me lo enseñaron para matar.

—¿Dónde?

—En San Diego, California.

—Es usted norteamericano, por supuesto.

—Sí.

—¿Qué hacía en San Diego?

—Aprender a matar por todos los procedimientos imaginables —Jerry sonrió—. No se asuste. Estaba en el campo de instrucción de la Infantería de Marina.

—No me asusto con facilidad. ¿Cómo se llama usted?

—Jerry Brown.

—¿Le agradaría quedarse en Torzado, señor Brown?

Jerry apuró el *whisky*.

—No.

—No tan deprisa, por favor. Permita que le exponga...

—Lo siento, Moctezuma. He dicho que no. Si hablaba en serio sobre eso de llevarme a San Roque, ¿podría ser esta mañana? ¿Ahora? Estaría bien almorzar ya allí. La mar de bien.

Carreras no se dio por vencido:

—Conozco a gente importante en San Roque. Si va en busca de trabajo, como supongo, una carta de recomendación mía puede serle de mucha utilidad. Y por cierto que el trabajo no abunda, que digamos, en los cafetales.

Jerry le estudiaba con curiosidad no disimulada.

—Empiezo a preguntarme lo que Perico representaba para usted. Viene uno que le ha visto morir, le cuenta las cuatro tonterías que el desdichado ha dicho en la agonía, y usted se derrite de agradecimiento y le ofrece el mundo en bandeja. ¿O resultará que su oferta no tiene nada que ver con Perico?

—¿Con qué lo tendría? —inquirió Carreras fríamente.

—Con el modo como he derribado a su chimpancé, por ejemplo.

—Es usted listo, señor Brown.

—Lo suficiente como para no meterme en berenjenales —dijo Jerry. Depositó sobre un anaquel su vaso vacío, miró a Evaristo, que estaba incorporado sobre un codo y se oprimía la cabeza con la mano, y respiró profundamente—. Aire, Carreras. No se moleste por mí. En «auto-stop» se viaja despacio, pero tranquilo. Tarde o temprano lograré que alguien me recoja.

—No diga tonterías.

—Esta ha sido la última.

A través de las celosías se vislumbraba un movimiento. Jerry captó la sensación por el rabillo del ojo, se volvió y vio dos coches que en aquel momento llegaban a la casa. Había algo raro en ellos. No supo qué, pero había algo raro.

Carreras murmuró:

—¿Qué diablo?

Por el extremo de la galería donde había quedado detenido el «Mercury», asomó súbitamente el fulano a quién la muerte de Perico había causado tanta emoción.

—¡Vienen, doctor! —exclamó—. ¡Son ellos!

Carreras se había quedado estupefacto.

—Es imposible. No se atreverán.

—¡Le digo que vienen!

Los coches se detenían.

Hombres.

Saltaban a tierra, y había también algo raro en su modo de saltar. Corrían. No hacia la casa, sino en torno a ella.

Una voz bronca gritó en el exterior:

—¡Salga de ahí, Carreras! ¡Salgan todos con las manos en alto! ¡Cuide de que no quede nadie dentro!

—¿Es la policía? —preguntó Jerry.

—¡Santo Dios, la policía! —replicó el hombre amargamente—. ¡Qué va a ser! ¡Dice la policía!

El fulano emotivo había entrado y, entre las celosías, miraba afuera con pavor.

La voz bronca insistió:

—¿No oye? ¡Carreras! No queremos derramar sangre. ¡Sabemos que está usted ahí! ¡Si no sale arderá con la casa!

Jerry oyó de pronto un taconeó.

Femenino.

—¿Qué ocurre, papá?

Se preguntó si estaría soñando: los coches, los hombres, las carreras, los gritos, las amenazas. Súbito como una tormenta tropical, y quizá, en el fondo, enteramente una tormenta tropical de los espíritus.

Un minuto antes estaba todo en calma.

¿Ahora qué?

—Son los del Consorcio —dijo Carreras con voz envenenada—. ¡Cristo bendito! Juraron que me quemarían la casa y eso es lo que van a hacer. Nunca creí que llegaran tan lejos.

—¡Papá!

Jerry se volvió lentamente.

Rubia.

Suspiró.

Se hallaba en el umbral de una de las puertas que conducían desde la galería al interior de la vivienda.

Era rubita, un encanto, sensual como un gatito, graciosa, bien formadita, bella y de pura raza como su padre. Llevaba una ligera blusa roja y una corta y acampanada falda de ojo de perdiz gris. Piernas de ensueño. Unas chinelas rojas en los pies.

—¡Tiene un minuto, Carreras! —anunció la voz bronca. Evaristo se enderezaba trabajosamente.

—Dile a tu amigo el mulato que venga —ordenó con brusquedad Jerry al fulano emotivo. Le asió del brazo y le zarandeó para que le escuchase—. Dile que venga, ¿oyes? si esos no le han echado el guante. Y que traiga su espantasuegras, ¡pronto!

Luego, mirando a la rubita, dejó caer su saco al suelo.

CAPÍTULO III

El mulato, prudente, se había refugiado también en la casa.

Treinta segundos.

Su compañero le condujo hasta el grupo silencioso que formaban Carreras, Jerry y la rubita. Estaba asustado, nervioso como nunca.

Jerry dijo:

—Trae acá.

Tomó la «Schmeisser» de su mano.

—Son demasiados —observó Carreras a media voz.

Jerry se volvió a él.

—Quemarán su casa de todos modos, ¿no? Diga lo que prefiere.

—Aseguró usted que no volvería a ayudar al prójimo en mucho tiempo —el doctor estaba tieso de ira, pero sereno—. Habló no sé qué de berenjenales.

—Hablo de lo que me da la gana.

—Muy bien —Carreras hizo una seña a su hija—. Ve adentro y enciértrate en el cuarto de baño, nena.

Ella le miró fijamente.

—Papá.

—Por Dios, patrón —dijo el mulato.

Carreras fingió no oírle. En cuatro zancadas alcanzó una pesada mesa negra situada en la parte de allá de la galería, sacó del bolsillo una llave y abrió el cajón de aquella. Tomó del cajón una pistola.

Una fea y oscura «Luger».

La rubita se había retirado.

Evaristo estaba apoyado en la pared. Había una lucecita en sus ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Carreras se detuvo frente a él.

—¿Llevas tu petardo encima?

—Sí.

—Los del Consorcio están ahí fuera. Van a quemar la casa, si pueden; quiero decir, los que queden vivos.

—No, patrón, no lo haga —replicó el hombre roncamente. El miedo le espabiló—. Resistir es una locura. No lo haga. Yo sé cómo las gastan. Piense en Perico. Salga y vea cómo está.

Carreras alzó la cabeza con desdén.

—Pienso en Perico precisamente. En que no haya más Pericos. Puede que yo la palme, pero te juro que no los habré.

—Sueña.

Fuera sonó un disparo.

—¡Terminó el plazo! —anunció la voz bronca—. ¡Le damos treinta segundos adicionales, Carreras! ¡Decídase!

—Idiotas —murmuró Jerry.

Se había colocado detrás de una de las pilastras de piedra que sostenían el techo de la galería. Atisbando entre las celosías veía a cinco hombres. Cinco insensatos. Estaban en línea ante la fachada, completamente al descubierto, cada uno con un arma en posición de espera. El primero contando a partir de la izquierda empuñaba una carabina, el segundo y el tercero pistolas, el cuarto una metralleta, el quinto también una pistola. El primero, el segundo y el quinto eran negros; el tercero un mestizo indio, y el cuarto un blanco.

Era el blanco quien había hablado. Él era el dueño de la voz bronca. Usaba sombrero, un jipi con cinta verde y roja. Llevaba pantalones grises, estaba en mangas de camisa, corbatín rojo al cuello. Calzaba zapatos de dos tonos. Se daba mucho pisto. Miraba hacia la casa con el aire de reflexiva superioridad con que Napoleón debió de mirar hacia las posiciones enemigas en Wagram o en Austerlitz.

Jerry le estudiaba a él, exclusivamente a él, cuando introdujo el hocico de la «Schmeisser» entre las celosías.

¿Treinta segundos?

No habían transcurrido más de diez cuando la pequeña metralleta, en manos del norteamericano, inició su agudo tableteo. Fue como un juego, una diversión tonta. Jerry movió el arma en arco. Muy deprisa. La ráfaga barrió a los cinco hombres en un instante, prácticamente, antes de que se dieran cuenta de que había tiros. Se desplomaron todos a la vez.

—Atiza —jadeó Carreras.

Añadió algo, pero no se oyó: su voz quedó cubierta por una violenta explosión que sonó en el lado contrario de la casa. Vibró el aire, se rompieron vidrios, tembló todo.

Siguió un instante de desconcierto.

Ensordecido, Jerry tuvo la impresión de que su metralleta continuaba disparando.

No.

Hubo unos gritos.

No era su «Schmeisser» la que disparaba, sino el arma del

pajarraco del jipi, ahora sin jipi, que había volado de su cabeza al caer. El tipo no debía de haber recibido sino una herida leve. Estaba tendido de costado en el suelo, la cara contraída en una mueca a lo Waterloo, apretando el gatillo y acribillando la galería Coriáceo. Terco como una mula.

Jerry se refugió detrás de la pilastra.

Vio que otros hombres armados acudían. Dos, solo dos. Procedían de la trasera de la casa, donde probablemente había más.

Cuando la ráfaga se alejó de él metió de nuevo el cañón de la «Schmeisser» entre las celosías. Sus primeras balas quedaron cortas; rectificó, y dejó seco al del jipi, encogido el cuerpo en el espasmo de la muerte.

Los dos hombres corrían hacia los coches.

Pescó todavía a uno. El otro saltó, se ocultó, huyó como un conejo.

Cesó por un momento el ruido.

Al volverse, para ver lo que había pasado mientras tanto en la galería, halló Jerry casi a sus pies a Evaristo. El pobre tío no había tenido suerte. El chorro de balas enviado por el del jipi al buen tuntún le había acribillado la cabeza, convirtiéndosela en una masa informe. Muerto, daba horror.

Y no era el único: la ráfaga había taladrado además, el pecho del sujeto emotivo, que yacía exánime a cuatro pasos. Cerca de él, ileso, el mulato se agazapaba estúpidamente, detrás de una silla.

—Vaya junto a Blanca —dijo débilmente Carreras—. Juraría que algunos han entrado por la parte trasera. Vaya, por favor.

Jerry le miró con asombro. Su rostro no tenía más color que una hoja de papel. Le había caído la pistola de la mano derecha, que pendía inerte al extremo de un brazo sin vigor. Con la otra mano se oprimía el estómago, y se veía sangre entre sus dedos. El fulano se mantenía gallarda y desesperadamente en pie, pero estaba tocado, y bien tocado.

—¿Cómo ha sido posible este estropicio?

—Vaya —suplicó Carreras.

¿Posible?

Más que posible: un hecho. Todos a presenciar la escabechina que la «Schmeisser» causaba entre los enemigos. ¡Fuera precauciones al ver los cinco cuerpos derribados! Y en aquel momento la explosión. Ninguno había advertido que el pájaro del jipi estaba todavía con ganas. La ráfaga habíalos sorprendido a todos junto a las celosías, inermes, descuidados. Un desastre. Jerry comprendía que se había salvado por churro, por instinto en el

mejor de los casos; nada más.

Mala pata.

Se olía a humo. Unas volutas salían ya a la galería.

Jerry se precipitó hacia el interior de la casa, desorientado. Después de haber atravesado la vasta sala de estar descubrió un boquete, un trozo de pared derribada, unas llamas. El humo era empujado hacia la galería por la corriente de aire. Había un pasillo.

Un hombre, en el pasillo, abría puertas.

—¡Eh! —gritó al verle.

Llevaba una pistola, que no usó: el mortífero escupitajo de la «Schmeisser» le incrustó contra la pared antes de que disparase.

Dos negros surgieron por una de las puertas abiertas. Vieron al hombre arrugarse como un pingo y, sin molestarse en mirar a Jerry, sin un instante de vacilación, emprendieron la fuga. Habían desaparecido ya cuando Jerry volvió hacia ellos el hocico de la metralleta.

Luego nada.

El bosque, saltaba a la vista, había sido hecho por un explosivo incendiario de potencia no muy grande, colocado en una de las muchas partes de madera de la edificación. Las llamas rugían. Iba a ser difícil, por no decir imposible, atajarlas.

El cuarto de baño.

Jerry halló una puerta cerrada y llamó con los nudillos.

—Salga, encanto. Su padre me envía en su busca —la casa tenía un núcleo central de piedra que reunía, al parecer, los servicios e instalaciones en torno a un patio o respiradero interior: cocina, cuartos de baño, lo que fuese. Carreras había pensado sin duda que era aquel el punto menos vulnerable—. La fiesta ha terminado. Salga sin temor.

La voz de la rubita sonó tras un instante de silencio:

—¿Quién es usted?

—El ángel tutelar de su papá.

—Pues vaya y dígale que solo le abriré a él.

—Su padre está herido, muñeca.

La puerta se abrió de sopetón.

—¿Herido?

Los ojos de la muchacha reproducían el color gris, el fulgor e incluso la ira sorda y altiva que hacía tan peculiares los de Carreras. No estaba asustada, qué iba a estar. Furiosa solamente.

—Vamos —dijo Jerry.

Ella lanzó una mirada al boquete y las llamas, otra al hombre muerto en el pasillo. Echó a andar sin más hacia la galería.

Él la siguió, atento al delicioso movimiento de sus piernas, al balanceo de sus caderas, al vuelo de la falda.

Inimitable.

Aspiró el tenue rastro de su perfume.

Carreras se había casi acostado en una butaca y parecía muerto. No estaba más que aplastado por el dolor: miraba, e incluso sonreía. La rubita acudió junto a él sorteando sin aparentar verlos los dos repugnantes cadáveres de Evaristo y del otro fulano, cubiertos ya de moscas.

—Papá —dijo con una sombra de reproche.

—Muy bien, nena —susurró él—. Llama al doctor Mora. Ganaremos tiempo si viene con una ambulancia...

Jerry sonreía.

Abrió de un manotazo uno de los paneles de celosías, astillados por los disparos del sujeto del jipi y miró pensativo al exterior. De los dos coches en que la gentuza había llegado, uno no estaba ya: probablemente, lo habían utilizado para huir los tres individuos que escaparon ilesos del ataque. Haría un momento de ello, justo el tiempo que él se había demorado ante la puerta del cuarto de baño.

Seis hombres yacían en tierra, cinco en hilera y el sexto más allá. Uno o dos solamente estaban muertos. Los restantes se quejaban como se hubiera quejado un perro herido, achicharrados por el sol abrumador de mediodía. Uno, un negro, intentaba arrastrarse.

Jerry oyó que la muchacha levantaba el teléfono y marcaba un número.

—Llame también a los bomberos —aconsejó sin volverse—. No digo a la policía porque es de suponer que vendrá sola.

Le sorprendió el sonido de su propia voz como si fuera la de un extraño. Se estremeció.

¿Por qué?

Tenía de pronto la impresión de que sus sentidos se desembotaban: oído, gusto, vista, tacto. Un súbito alud de sensaciones.

¡Tacto!

Levantó las manos y halló en ellas la pequeña «Schmeisser» que no mucho antes le había estado encañonando en la confluencia de la carretera de circunvalación y la Avenida Seis de Agosto. La miró estupefacto. Luego la arrojó al jardín, donde aullaban los heridos.

Oía a la rubita tan distintamente como si gritase:

—Doctor Mora... urgente... mi padre... ambulancia...

Cerró los ojos.

¿Por qué estaba él allí? ¿Por qué todo aquello? ¿Por qué le hormigueaba de nuevo la vida en la sangre?

Era como un sueño. Como un antiguo sueño perdido y recobrado.



*Introdujo el hocico de la "Schmeisser"
entre las celosías*

CAPÍTULO IV

La mano tenía las uñas un poco descuidadas.

—Su pasaporte. Su carta de residencia.

Jerry recogió los documentos que la mano le devolvía.

—Gracias. Comprendo su posición, no se preocupe. Puede retenerme si lo desea. Puede hacer sobre mí las comprobaciones que juzgue necesarias. No tengo prisa. Lo mismo me da estar aquí que en otra parte.

Los negros ojos le miraban con cansancio.

—Es posible. Celebro que lo tome de ese modo.

—¿De qué otro modo voy a tomarlo? Me he metido en muchos líos en la vida, capitán, y le aseguro que este no es el peor.

El capitán García prendió los pulgares en el cinto de sus pantalones. Tenía el estómago un tanto desarrollado, y también el bajo vientre, así que su cuerpo, visto de perfil, tomaba una forma parecida a la de la letra B. Llevaba la camisa caqui de uniforme húmeda de sudor.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó.

—No lo sé.

—Dice usted que se dirige a San Roque con el propósito de trabajar en los cafetales.

—Sí.

—Dice que viaja en «auto-stop», que un automóvil le recogió esta mañana en Bajía y le dejó en Torzado a eso de las once. Afirma que nunca había estado en la ciudad anteriormente.

—No sea terco —Jerry guardó el pasaporte y la carta de residencia en el bolsillo trasero de sus pantalones—. La historia es tal como se la he contado: nunca estuve antes aquí. En la carretera de circunvalación, cerca de la esquina de la Avenida Seis de Agosto, esperaba a que alguien hiciera caso de mis señas. No pensaba siquiera entrar en la población. En esto, un coche ha aparecido por la avenida, ha girado hacia San Roque, ha disminuido la velocidad, y desde su interior han arrojado a un hombre. He acudido a su lado, mientras el coche se alejaba. El pobre tipo estaba muriéndose. Otro coche ha llegado en aquel momento, con tres sujetos armados, los cuales, sin hacer caso de mis explicaciones, han recogido el cadáver y me han obligado a acompañarles a casa del hombre que ha dicho llamarse Dionisio Carreras. He dado mis explicaciones allí. Carreras

me ha pedido excusas y me ha ofrecido una copa. Apenas había terminado de beber y empezaba a despedirme cuando me he encontrado en pleno fregado. Diez individuos se han presentado en dos automóviles. Enseguida ha habido tiros, una explosión, llamas. Era un asalto, y yo estaba en una ratonera. ¿Qué diantre? Uno de los imbéciles que me habían conducido hasta allí, un mulato, tenía consigo una metralleta, y tanto miedo que el arma no le servía para nada. La he usado yo. Había una mujer en la casa. No iba a consentir que cayera en manos de aquellos energúmenos —Jerry se encogió de hombros—. Si quiere usted oírlo de nuevo volveré a empezar, pero opino que esto va resultando ya un poco monótono. El mulato ha escapado con vida del ataque. Pregúntele a él, y le dirá si es cierto o no lo que le cuento.

—Le he preguntado —asintió el capitán, pensativo.

—¿Y qué?

—Sí, muy bien, las cosas ocurrieron aparentemente de ese modo. Pero el hecho es que usted tomó su metralleta y organizó la gran carnicería.

—Se lo estoy diciendo: la organicé, es verdad.

—Exacto. Y el doctor Carreras sabía por anticipado que sería objeto de un ataque, como sabía que ninguno de los hombres con que podía contar le serviría para maldita la cosa. Usted, en cambio, sí le ha servido, señor Brown. Usted sí.

—¿Imagina que Carreras me ha traído a Torzado para contratarme como torpedo? ¿Es esa su idea?

—Ignoro lo que ha ocurrido en realidad. Ahora bien, es cierto que el doctor Carreras se ha colocado en una posición muy peligrosa y que no cuenta con guardaespaldas eficaces, ni tiene aquí posibilidad de encontrarlos. Su única esperanza es traerlos de fuera.

Alto, grasiento, calvo, cansado, los ojos negros como bolas de carbón, Felipe García, capitán jefe de la Brigada Criminal de la Delegación Central de Policía de Torzado, se restregó la nariz con el dorso de la mano.

—¿Y qué pasa si los trae? —preguntó Jerry.

—No me pregunte lo que pasa. Seis hombres han muerto en Villa Blanca, cuatro están heridos de gravedad, incluyendo al propio Carreras, y la casa se ha convertido en cenizas. Es un ejemplo, digo yo.

—La casa se ha convertido en cenizas porque los bomberos no han puesto el menor empeño en cumplir con su deber —Jerry pensó: «Villa Blanca». La casa se llamaba como la rubita. Debía de haber una dulce historia de afecto paternal detrás del nombre—. Se

hubiera dicho que estaban más bien de parte de los incendiarios.

—Y quizá lo estaban —declaró García tranquilamente. El norteamericano le estudió con atención.

—¿Cómo usted?

—¿Quién sabe?

Giraba un ventilador sobre un armario fichero, pero su efecto era nulo. La Delegación Central se hallaba instalada en un antiguo edificio, sucio, deteriorado, incómodo. Hacía por lo menos quince años que a las paredes de los despachos no se les aplicaba una mano de pintura, y veinte o veinticinco que no se restauraban los muelles de las butacas. Todo un escalafón de funcionarios negligentes había sembrado la mesa escritorio del capitán de huellas de colillas y manchas de cerveza, de ron, de café y de lo que fuese. Daba no sé qué ver por la ventana las higiénicas estructuras de los *buildings* comerciales alzados quinientos metros más allá, imágenes de otro mundo y de otro tiempo.

Jerry, de pronto, sintió asco.

—Todo esto, ¿a qué conduce? ¿Qué quiere usted? Si resulta que yo miento y que en definitiva he venido a Torzado contratado por el doctor Carreras, ¿qué más da? Méteme en la cárcel, haga lo que guste. No me importa. No puedo ofrecerle mayores facilidades.

—¿Le agradaría saber lo que quiero?

—Allá usted.

—Quiero que se marche.

Jerry enarcó las cejas.

—¿Cómo dice?

—Quiero que se marche inmediatamente de la ciudad, que se marche lo más lejos posible y que no abra el pico sobre lo que aquí ha presenciado. ¿Desea ir a San Roque? Pondré un coche a su disposición —García consultó el reloj de pulsera que asomaba por el mugriento puño de su camisa caqui—. A las cinco en punto. Si prefiere utilizar la línea de autobuses le facilitaré billete para el que sale a las siete y media. Elija.

—¿Habla en serio?

—¿Se le ocurre que puedo no hablar en serio?

Apuntalándose perezosamente en los brazos, Jerry se levantó de la desvencijada butaca de cuero. Quedó en pie ante García, y un leve soplo del ventilador le acarició la nuca.

—Es usted idiota, amigo —dijo—. Desde que he llegado a Torzado no ansío otra cosa que largarme. Me habría marchado hace mucho rato si no me hubiera retenido usted.

—Trámites.

—Lo que sea. Tenga el coche a las cinco y no hablemos más. Salgo a comer algo mientras tanto; es decir, si usted no se opone.

En la sudorosa frente del capitán se marcaba una arruga de preocupación.

—No, yo no me opongo. Solo le aconsejo que cumpla su palabra. Seis, no, siete muertos son suficientes por hoy.

Jerry titubeó.

—¿Para llegar a este resultado conmigo ha necesitado tanta historia?

—Déjelo. A las cinco.

—Es usted el oficial de policía más extraño con que me he tropezado hasta la fecha —el norteamericano sondeaba las negras e inexpresivas pupilas—. Mire, una cosa quiero que quede clara antes de que nos separemos: no me interesa en absoluto lo que está ocurriendo en esta ciudad, y cuanto menos sepa acerca de ello más tranquilo me sentiré. No hago preguntas. Pero no me tome por tonto, o por ciego. He presenciado el desenlace de un asesinato, he visto cómo la casa de un vecino era asaltada por una banda de pistoleros, y me doy perfecta cuenta de que no tiene usted la menor intención, ni de proceder contra los asesinos, ni de castigar a los asaltantes. Los bomberos han permitido deliberadamente que la villa del doctor Carreras fuera destruida. Usted mismo, jefe de la Brigada Criminal, me persuade de que abandone Torzado. ¿Por qué? ¿Para asegurarse de que no causaré entre los enemigos de Carreras un nuevo estropicio? Me marchó, vaya si me marchó, capitán. Digamos que huyo para librarme de las náuseas que usted y todo esto me inspiran.

García se miró las manos.

—Sí, supongo que debe de ser así —replicó tranquilamente—. Le agradezco su franqueza, señor Brown.

Jerry se inclinó para cargar con su saco de viaje.

—Al diablo.

Volvió la espalda al policía y anduvo unos pasos hacia la puerta.

—¡Oh, un momento! —exclamó García cuando él asía ya el tirador—. Me permito recomendarle que hasta las cinco procure no deambular por calles solitarias ni se siente de espaldas a puertas o ventanas en los establecimientos públicos. Sus explicaciones, satisfactorias para mí, pueden no serlo para otros. La gente suele tener una molesta inclinación a vengar a los muertos. Cuando pienso que...

Jerry salió del despacho y le dejó con la palabra en la boca.

La escalera interior del edificio apestaba a pies sucios, a rancio,

a tabaco agrio. El roce de los cuerpos había trazado a lo largo de la pared una parduzca franja de grasa. La claraboya del tejado, cubierta de un polvo de lustros, apenas filtraba luz.

Agentes soñolientos, hombres de color en su mayor parte, iban de un lado para otro sin prisa.

Dos pisos y la planta baja.

El plantón de guardia junto a la puerta, cómodamente desabrochada la guerrera, se rascaba una pierna con fruición.

La calle.

Jerry sentía hastío, hambre y sed. Parado en la acera, en el calor bochornoso, trató por un momento de imaginar una ducha, un jarro de cerveza helada y un pollo asado.

Narices.

Parecía imposible que las cosas se hubieran complicado hasta aquel punto. Siempre parecía imposible. Siempre había que escapar de según qué. Siempre lo mismo.

Había comenzado a pensar en el pollo asado y la cerveza en Villa Blanca, mientras el doctor Mora reconocía a Carreras y las llamas se extendían por el edificio. El médico, con la ambulancia, había sido el primero en llegar, y la ambulancia se marchó muy pronto, llevándose a Carreras y a la rubita. Mora, un tipo gordito y charlatán, se había quedado para atender al resto de los heridos. Parecía gustarle el trabajo.

Muchas personas se hubieran dejado cortar un dedo por poseer una casa como la que el incendio devoró en pocos minutos. Unos cuantos vecinos formaron corro para admirar el espectáculo, un corro que se abrió al sonar la sirena del coche de los bomberos. Jerry, su saco de viaje al hombro, se había mantenido aparte. ¿Total qué? Nadie movió una mano. Ardieron muros, muebles, ropas, enseres; cosas hechizadas, cosas malditas que la gente no se atrevía a tocar. Los bomberos rociaron con sus mangas las piedras humeantes, fumaron un pitillo, hablaron de esto y lo otro, y se marcharon. Su coche se cruzó con un patrullero de la policía.

Cosas malditas, cosas tabú.

Jerry reflexionó acerca de ello mientras los agentes del patrullero discutían con el doctor Mora, cuando la casa por la que muchas personas se hubieran dejado cortar un dedo no era ya sino un montón de cenizas. Él no discutió. ¿A la Delegación Central? Muy bien, a la Delegación Central. ¿Qué más daba?

No supo lo que había sido de heridos y muertos. Allí quedaron, con el doctor y un agente, con los curiosos en torno, mirando a ver qué cadáver atraía más moscas, escuchando al fulano que gemía

llamando a su madre o al que pedía agua y no se la podían dar porque tenía un boquete en las tripas. Era algo, por supuesto, que no cada día presenciaba uno.

La espera, luego, en una incómoda dependencia de la Delegación, donde se oía una radio lejana que difundía un serial. La larga espera.

Las monótonas explicaciones con Felipe García y la visión en escorzo de su cuerpo en forma de letra B.

Parecía imposible que todo se hubiera complicado hasta aquel punto.

Jerry echó a andar.

—Señor.

Un negro bajito se le había acercado entre la gente y caminaba a su lado, medio paso más atrás, en actitud de súplica respetuosa.

—Lárguese.

El negro tenía ojos de perro.

—Señor.

Jerry se detuvo.

—¿Qué quiere?

—La señorita Blanca desea hablarle. Allí, señor. Allí, en el coche.

El coche era un «Land-Rover» cubierto, estacionado casi en la esquina, en la bocacalle que se abría frente al edificio de la Delegación. El interior de la caja no se veía, y en el asiento delantero no había nadie.

—Dígale a la señorita que venga esta noche o mañana a San Roque y hablaremos cuanto desee. Aquí es imposible.

Los ojos de perro adquirieron una expresión patética.

—Señor, usted no puede hacerle eso. ¡Oh, no, señor! Ella le espera.

—Que espere.

—¡Señor!

Como un antiguo sueño perdido y recuperado.

Jerry se maldijo a sí mismo.

Cruzó la calle, con el negro trotando en pos de él, dobló la esquina, rebasó la posición del vehículo y retrocedió. Esta maniobra le permitió ver por detrás el interior de la caja desde una distancia prudente.

Una blusa roja.

El negro abría la puertecilla trasera.

La rubita vestía la misma blusa y la misma falda. Estaba sola, sentada con las rodillas juntas y las manos en el regazo, muy quieta; sentada en una de las dos banquetas de la caja del coche, colocadas

una frente a otra en sentido longitudinal. Flotaba en torno a ella un efluvio raro.

—Vámonos de aquí, Carlitos —le dijo al negro—. Llévanos a dar una vuelta fuera de la ciudad.

Jerry tomó asiento en la otra banqueta.

—Hola.

La muchacha apenas le miró.

—Muy amable.

¿Un efluvio raro?

El negro bajito se instaló ante el volante y puso el coche en marcha.

—Si le da igual un sitio que otro —dijo Jerry—, preferiría ir a alguna parte donde se pudiera comer y beber —pese a haber estado aparcado a la sombra, el calor dentro del «Land-Rover era agobiante—. Simplemente desfallezco.

Notó que su petición provocaba en la rubita un escalofrío.

—Como guste.

Se dio cuenta entonces de que la actitud de ella no era normal. Vio que las líneas de su boca estaban tensas, vio enrojecidos sus límpidos ojos grises, vio algo como una sombra en su rostro.

¡Un efluvio raro!

No.

—¿Qué pasa?

La joven oprimió sus manos una contra otra.

—Ha muerto.

Jerry la miró conteniendo el aliento.

—¿Qué dice?

—Mi padre ha muerto.

Ni una lágrima.

Pero la sombra de su rostro era la sombra de la muerte, por supuesto que sí. La angustia, la ira y el dolor hacían de ella una enferma.

—¿Cuándo?

—Menos de media hora.

—¿En el hospital?

—Sí.

—Su estado no parecía tan grave.

—Hemorragia interna.

—Cristo —murmuró él—. Me corta usted el habla, criatura. ¿Qué quiere que diga? Lo siento. Su padre me pareció un hombre de temple. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí.

Jerry sintió que se asfixiaba de calor, de incomodidad, de cólera. El sudor empapaba sus ropas y resbalaba por sus sienes.

—Es curioso que antes de media hora de haber muerto su padre acuda usted a mí. Su padre y yo, nena, éramos dos completos extraños. Quizá no sepa...

—Lo sé todo —atajó ella con voz sin matices—. Y no he acudido antes de media hora, sino antes de diez minutos. Me han dicho que estaba usted en la Delegación. Llevo veinte minutos esperándole.

—¿Eso por qué?

—Porque le necesito.

Jerry cerró los ojos.

—No, se lo ruego.

—Le compensaré, naturalmente.

—No.

—No le comprendo, señor Brown.

—No existe en el mundo compensación que pueda tentarme —dijo él amargamente—. Suponga que soy un hombre que lo ha tenido todo y que ha renunciado a todo voluntariamente para echarse a la carretera y caminar sin rumbo. Supóngalo. Quizá no se equivoque.

—Míreme —dijo ella.

El abrió los ojos.

No hubo un solo movimiento forzado. La joven se inclinó primero hacia adelante, muy próxima, y apoyó las manos en sus hombros con naturalidad.

Esto fue primero.

Jerry la encontró luego entre sus brazos, viva, palpitante, turbadora, y su beso de fuego halló eco enloquecedor hasta en su última fibra.

CAPÍTULO V

Despacio, Jerry se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Dígale a ese moreno que pare. Quiero comer y echar un trago. Salgo hacia San Roque a las cinco.

La rubita le miraba con ojos ardientes desde el extremo de la banqueta opuesta, pálida, temblorosos los labios.

—No es usted un hombre —articuló.

—Probablemente no lo soy, en efecto. ¿Qué más da? Dígale al chofer que pare o le haré parar yo a las malas.

—Hágalo.

El respiró profundamente.

—Vamos, serénese. Sé lo que se siente cuando se pierde a un ser querido. Puedo comprender lo que representa perderle en las circunstancias en que ha perdido usted a su padre. No crea que esto no es doloroso para mí.

—Como una picadura de mosquito. Usted no puede comprender nada, ¡nada! Un egoísta apoltronado en la comodidad de su vagancia dorada jamás puede comprender —la voz de la muchacha tenía un trémulo de pasión—. Le he ofrecido todo lo que puedo ofrecer, lo más valioso que poseo, lo que nunca había ofrecido a nadie. Creo... que no era necesario decirlo con palabras. Usted...

—No me acusará de haberme aprovechado de ello.

—¡Oh, cálese!

Jerry se volvió hacia la ventanilla delantera, sacó por ella el brazo y tocó al conductor en el hombro.

—Pare.

El negro preguntó:

—¿Señorita Blanca?

—Está bien —dijo sordamente la joven.

El «Land-Rover» se detuvo.

Jerry vio que se encontraba en la parte baja del valle, entre los canales, al otro lado de la ciudad.

No se movió del asiento.

—Considéreme un monstruo si lo desea, muñeca —su mirada buscó los grises ojos henchidos de odio—. Hace media hora que su padre ha muerto, es usted muy joven, muy impresionable, y no ha reaccionado aún. Sé lo que quiere. Su padre se hallaba enzarzado en una lucha suicida, había cometido la locura de enfrentarse a un

poder muy superior y, como no podía menos que suceder, ha caído. Ignoro el motivo de todo ello, pero he visto lo suficiente para formarme una idea. Lo que usted quiere, pues, es que yo rempnda la lucha y venga a su padre. El heroico Príncipe Justiciero decapitando a una legión de enemigos con su invencible espada. La encandila el hecho de haberme visto con una metralleta en la mano, sereno y dominador en medio del peligro cuando sobre su casa se cernía el desastre. Muy humano, Blanca. Un bello sueño, como casi todo lo humano. Lamento de veras desengañarla.

La muchacha le había escuchado casi sin respirar.

—Le he visto como usted dice, es cierto. No tenía miedo entonces.

—Tampoco lo tengo ahora.

—Miente.

Jerry se humedeció los labios con la lengua.

—No tengo miedo de morir, si es a eso a lo que se refiere.

—Miedo de sufrir —replicó ella con vehemencia—, miedo de lo que sea, ¡miedo! ¡Tiene miedo!

—Sí —dijo él.

Empujó su saco de un puntapié, abrió la puertecilla trasera y se apeó.

—¡Tiene miedo!

Jerry se echó el saco al hombro, cerró la puertecilla y por encima de esta miró a la joven a la cara.

—Tengo miedo de usted. Adiós, y buena suerte.

Se alejó sin volver la cabeza.

Un momento después oyó el taconeó a su espalda.

—Espere.

Las mejillas de la rubita estaban encendidas de rubor.

—Vuelva al coche y déjeme en paz.

—¿Me abandona así, señor Brown? ¿Es cierto?

—Nos abandonamos mutuamente.

—¿No tengo manera de persuadirle?

El apretaba los puños.

—¿Persuadirme de qué? No me quedaré en Torzado. No lucharé por usted. No me ligaré a nada ni a nadie —alzó el brazo para mirar su reloj de pulsera—. Son las cuatro y diez minutos. Me consumo de hambre y sed, de fastidio y de calor, y a las cinco salgo hacia San Roque. No me obligue a herirla de nuevo.

Ella titubeó un instante.

—Dicen que San Roque es un sitio tranquilo. Nunca he llegado hasta allí.

—Dicen.

—Lléveme con usted, señor Brown.

—Nena, le he pedido que no me obligue a herirla de nuevo.

—Usted ya no puede herirme —los ojos grises eran fríos e impersonales como espejos—. Hay una hostería ahí delante, a la orilla del río. Vamos. Beberá y comerá mientras discutimos el asunto.

Jerry sacudió la cabeza con pesadumbre.

—Está usted desesperada, es capaz en este momento de cualquier cosa con tal de conseguir su propósito, lo sé. La compadezco...

—Soy yo quien le compadece a usted, señor Brown. Ningún ser humano es más digno de compasión que un cobarde.

—Desahóguese. Diga lo que quiera.

—Solo le haré una pregunta. ¿Por qué ha ayudado o fingido ayudar a mi padre?

Él la miró ceñudo.

—¿Fingido?

—Los hombres del Consorcio se proponían quemarnos la casa y nada más. No nos hubieran causado daño si hubiésemos salido como exigían. Ahora han quemado la casa igualmente, pero mi padre ha muerto, y también Agustín y Evaristo. Este resultado lo ha conseguido usted.

—Permítame decirle que su padre...

—Mi padre era un hombre orgulloso, pero no un insensato ni un suicida. Sin sentirse respaldado no hubiera hecho lo que hizo. Solo quiero saber el motivo de que usted se decidiera a respaldarle.

Jerry se había detenido. Con la muchacha frente a él, tranquila por fuera, perforándole con los grises ojos; por dentro, una hoguera rugiente.

Las palabras del capitán García semejaban flotar en el aire tórrido: «El doctor Carreras sabía que ninguno de los hombres con que podía contar le serviría para maldita la cosa, y usted, en cambio, sí le ha servido».

Alguien que le respaldase.

—De modo que la culpa es mía.

—No he dicho eso. No le he acusado. Me limito a preguntar.

Jerry apretaba los puños.

—El motivo, si quiere saberlo, ha sido usted.

Un destello iluminó las pupilas de la muchacha.

—¿Yo?

—Déjeme en paz, se lo suplico. Puede que yo sea culpable de su

desgracia, no lo niego, pero el daño ya no hay quien lo remedie. Déjeme en paz.

Blanca ignoró la súplica.

—¿Qué le pasa conmigo? ¡Miedo! ¿Qué clase de miedo le inspiro yo? ¿Está chiflado?

—Suponga que sí.

—¡Ah, no, señor Brown! Creo que empiezo a comprenderle. Muy cómodo. Muy eficaz para tranquilizar la conciencia. Yo soy el motivo de que usted haya inducido a mi padre a enfrentarse con el Consorcio; es decir, el motivo de que haya usted cometido una estupidez que ha costado varias vidas humanas. Alega ahora que me tiene miedo. ¿Miedo de qué? Porque yo puedo ser el motivo de que cometa en adelante estupideces mayores. Precisamente yo —el tono de la joven estaba impregnado de desdén—. ¡Precisamente una persona a la que antes de esta mañana nunca había visto! Esto es lo que pretende que crea...

—Se equivoca. Me tiene sin cuidado que lo crea o no. Lo único que pretendo es comer, echar un trago y largarme a San Roque.

—Tranquilo, ¿no?

—Muy tranquilo.

—Le detesto, señor Brown. ¡Le detesto! Puede marcharse, ¡márchese, muy bien! Algún día, en alguna parte, encontrará lo que merece. Márchese tranquilo. Su estancia en Torzado ha sido fructífera: me ha dejado sin padre, sin hogar, sin un centavo, sin un amigo, sin un apoyo. Coma, beba, láguese, y esta noche, en San Roque, duerma como un tronco. Que le aproveche.

Jerry no contestó. Su rostro semejaba tallado en piedra.

La muchacha le miró un momento con ojos llameantes de rencor, ruborizadas las mejillas. Luego, súbitamente, emitió un gemido ahogado y se cubrió con las manos el rostro. Sus hombros se abatieron.

Dio media vuelta y se alejó corriendo hacia el «Land-Rover».

Jerry esperó.

Las femeninas piernas, la extraña gracia de la figura. Un revuelo de faldas cuando ella montó en el coche por la puertecilla trasera.

Como un antiguo sueño perdido y recobrado.

El coche partió, y Jerry reanudó pausadamente su camino. Había en su cara enjuta y varonil como una sombra, algo, no sabía uno exactamente qué.

Puede que nada.

La orilla del río.

La hostería.

El calor era húmedo, el aire era fétido y denso. Un calor y un aire de pantano. Ni un soplo de brisa movía las hojas de los sauces grises que rodeaban el pequeño edificio.

Dentro funcionaban los ventiladores.

Media docena de personas, ninguna comiendo. Hombres todo, tres de los cuales discutían en torno a una mesa.

Un sujeto en mangas de camisa atendía el «snack-bar».

—Me gustaría comer un bocado —le dijo Jerry. Depositó su saco sobre un taburete y se sentó en el contiguo—. Pollo asado. Medio pollo y una jarra de cerveza, si a esta hora es posible.

El hombre le miró con ojos soñolientos.

—Posible sí. ¿Tiene prisa?

—Sí.

—Veremos.

—Esperaré con la cerveza. Sírvala.

La jarra.

—Marcha el pollo.

Un caudal de oro líquido, helado, delicioso, gáznate abajo. La vida. Cerveza, pollo asado y libertad.

Jerry se secó los labios con el dorso de la mano.

—¿Qué pasa en esta ciudad? —preguntó al hombre.

—¿Pasar?

—He llegado hace unas horas y me marchó a San Roque esta misma tarde. Nunca había estado antes aquí. ¡Jesús! La gente se fríe a tiros como si nada. He visto lo menos cinco muertos y una casa que para mí quisiera yo, ardiendo como yesca, mientras los bomberos se divertían con el espectáculo. La locura.

El interés del hombre se despertó al instante.

—¿Ha visto eso?

—Pasaba por casualidad.

—La locura, tiene usted razón —el hombre era moreno, de poblado bigote y gran nariz—. Don Dionisio Carreras. Dicen que han acabado con él para siempre.

—¿Quiénes?

—Los del Consorcio.

—¿Qué Consorcio?

—El Consorcio Minero del Noroeste —el hombre restregó maquinalmente con un paño el mostrador—. Dice usted que no es de por aquí. ¿Viene de lejos?

—De la costa.

—Bueno, en todas partes cuecen habas... Yo he trabajado en Puerto Piedras y sé lo que es. Allí se liaban a tiros por el monopolio

de las bananas, aquí se lían por el cobre.

—¿Qué es el Consorcio Minero?

—Una corporación de propietarios. Un pulpo.

—¿Un monopolio?

—Hasta hoy quería serlo, pero el doctor Carreras se lo impedía.

Usted me entiende.

Jerry bebió con deleite un trago de cerveza.

—Deduzco que ese Consorcio es una asociación fundada para acaparar el cobre de Torzado y manipular los precios a su conveniencia. Los propietarios habrán sido obligados a adherirse, y probablemente se les ha entregado a cambio de sus minas un paquete de acciones. Contra los reacios se han empleado toda clase de medios persuasivos. ¿Me equivoco?

—No. Es la eterna historia.

—Pero las leyes suelen prohibir esas operaciones.

—¿Qué leyes? Había aquí un grupo de sultanes del cobre que tenían hace tiempo la idea entre ceja y ceja. Prepararon lentamente el terreno. Extendieron su influencia a todos los organismos del país. Untaron manos, dieron, prometieron y comprometieron. Pastelearon las últimas elecciones, que eran su primer objetivo importante. Las ganaron. El resto ha venido como consecuencia — el hombre frunció los labios en una mueca y emitió un sonido de chupeteo—. A mí, todo eso, ya usted comprenderá, que se lo guisen y se lo coman. Los ganchos del Partido Centrista me ofrecían cinco pesos por mi voto, los del Partido Histórico, seis. Voté por los históricos. ¿Qué se me da a mí de las minas de cobre?

—¿El Consorcio apoyaba a los históricos?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió con el doctor Carreras?

—Ha sido una lucha larga —el hombre titubeó—. Puede que yo no vea las cosas tal como son, ¿sabe usted? pero diría que son simples ganas de luchar. Don Dionisio tiene fuego en la sangre. Si uno hace caso de las apariencias, resulta que él es el defensor de las libertades, del derecho de cada cual a manejar su propio negocio y a enriquecerse o arruinarse por su cuenta. ¿Me entiende usted? La iniciativa privada y todo eso. Un hombre solo combatiendo contra una asociación de capitalistas sin piedad.

—¿No es así?

—Sí, es así. Pero si la idea del Consorcio se le hubiera ocurrido primero a él, hubiera sido exactamente al revés. Esto es lo que dice la gente que nada tiene que perder ni que ganar. Si a él se le hubiese ocurrido la idea, el defensor de las libertades hubiera sido don

Florencio Salas.

Jerry, palpando con ambas manos la frescura del vaso de cerveza, miró al hombre a los ojos.

—¿Quién es don Florencio Salas?

—El presidente del Consorcio. Su creador.

Las palabras volvían: «Un padre complaciente y un hombre de gran influencia». Seguro que sí: el presidente del Consorcio. Director de la Compañía General de Minas. «Hombres de verdad, hombres de empuje».

—¿Qué es la Compañía General de Minas?

—Es la empresa de don Florencio. La más importante de las que forman el Consorcio.

—¿Quiere usted decir que don Florencio Salas y el doctor Carreras eran rivales y competidores antes de que el Consorcio se organizase?

El hombre rio sin alegría.

—No use palabras tan suaves: eran enemigos. Don Florencio es el principal propietario de la región, y el doctor, antes de meterse en el fregado, por ahí le andaba. Entre los dos sumaban el sesenta o sesenta y cinco por ciento de la producción de cobre de Torzado, con el inconveniente de que uno y otro eran gallos de pelea, reyezuelos, caciques. ¿Va usted viendo la situación? No podían el uno con el otro... Es decir, hasta que don Florencio Salas comenzó con el Consorcio, que fue una maniobra calculada para hundir al doctor, pura y simplemente eso. Una gran maniobra. Si me permite, iré a echarle a su pollo una mirada...

—Sí —murmuró Jerry.

Medio pollo.

La vida.

—No tarda ya —anunció el hombre a su regreso. Contempló distraídamente a la media docena de clientes que haraganeaban en el local—. ¿Le interesan a usted las minas y esas cosas?

—De algo hay que hablar. Pero un montón de muertos y heridos como el que había ante la casa que se quemaba no le ve uno todos los días.

—No.

—¿Cómo se ha llegado a esto?

—Pues mire, llegando, liándose más y más. Aquí parece que la gente, cuanto más dinero tiene, más bestia es. Al principio, la guerra entre el doctor y el Consorcio fue en el terreno comercial. ¿Qué pasó? El Consorcio fue sumando puntos, ganando mercados, cortándole al doctor el camino. El doctor agotó sus reservas, y

cuando más apurado estaba, sus propios mineros le dieron la puntilla, primero con una huelga que el Consorcio instigaba y pagaba bajo mano, luego despidiéndose. Diga usted que fue una puerca jugada, no se equivocará. El Consorcio llenó la región de matarifes, y los obreros del doctor se achantaron. ¿Para qué arriesgar el pellejo defendiendo los intereses de un ricachón cualquiera, que en la época de las vacas gordas no se dignaba ni mirarle a uno por encima del hombro, si el ricachón de enfrente paga el doble, ofrece seguridad y protección y le cubre a uno de atenciones? ¿Para qué? ¡Dígame! Uno oye aquí conversaciones y comentarios... ¿Le estoy dando la lata?

Jerry sacudió la cabeza.

—Siga, por favor.

—Bueno, puede usted imaginar cómo quedó don Dionisio Carreras después de esto: en la sopa. Hace meses que no se trabaja en sus minas, pero él duro que duro, hasta hoy. Arruinado. Solo. No ha admitido préstamos, no ha concertado hipotecas, no ha buscado créditos ni nuevos capitales, porque sabía de sobra que detrás de la hipoteca o del crédito estaría el Consorcio, estarían Salas y sus colaboradores al acecho de una ocasión de apoderarse de su empresa por medios indirectos. La desesperación, amigo. Usted lo dijo antes: la locura.

—No deja de inspirar lástima.

—La lástima que puede inspirar un cabezota caído.

—¿Tiene familia?

—Una hija. Enviudó hace algunos años.

—¿La hija?

—El.

—¿Y la matanza de hoy?

—Era algo que tenía que ocurrir. La lucha se había envenenado. Los torpedos del Consorcio fanfarroneaban por la ciudad. ¿Qué hizo el doctor? Responder a la violencia con la violencia. Ayer empezó, ayer mismo, o por lo menos eso dicen. En «La Rosita», que es el yacimiento más importante de la Compañía General de Minas, una máquina extractora se averió, saltó hecha pedazos, hirió a once obreros. Sabotaje. Un hombre a sueldo del doctor Carreras.

—¿Uno llamado Perico? —preguntó Jerry suavemente.

—¿Lo sabe usted?

—Hablaban de él esta mañana. Ha sido torturado y asesinado. El hombre del bar exhaló el aliento.

—Perico Cienfuegos.

—Pero la avería de la máquina pudo ser un accidente.

—Dicen que no.

—Once obreros heridos —Jerry tenía la mirada perdida en el vacío—. ¿A cuánta gente habían coaccionado, maltratado o matado los torpedos del Consorcio para conseguir la ruina del doctor Carreras?

—Sí, muy bien, no quiera usted saber. Ha habido de todo.

—¿Quién era uno llamado Agustín?

—Agustín Cienfuegos.

—¿Hermano de Perico?

—Sí.

—¿Y Evaristo?

—Evaristo Pombo. El doctor le contrató por ahí y le trajo a Torzado para emplearlo como guardaespaldas.

—¿También a los hermanos Cienfuegos?

—No. Agustín y Perico han trabajado siempre para el doctor: hijos de Cecilio Cienfuegos, su antiguo apoderado. Murió ya. Ellos lo mismo, ¿no?

—Sí —dijo Jerry—. Ellos lo mismo. Agustín y Evaristo eran dos de los muertos amontonados ante la casa.

El hombre hizo una breve mueca.

—Cuentan que el Consorcio ha dejado allí sus mejores dientes: Robledo, que era el jefe de la brigada de matarifes, Díaz, y algunos más. No se lo perdonarán al doctor. Apuesto a que no permiten que salga de esto con vida.

Jerry sintió sed.

Solo después de un largo trago de cerveza descubrió que no era una sed que con cerveza pudiera apagarse.

Entonces dijo:

—El doctor Carreras ha muerto también.

El hombre del bar le miró con sorpresa, y en parte con recelo.

—Usted sabe más cosas de lo que parece.

—Acabo de enterarme. Ha muerto en el hospital, a consecuencia de sus heridas. Los médicos no han podido o no han querido hacer nada por él.

—¿Seguro?

—En el hospital me lo han dicho.

—¡Eh, oigan! —exclamó el hombre. Agitó el paño en el aire para llamar la atención de los clientes—. ¡Oigan lo que me cuentan aquí! ¡Vaya noticia!

—Traiga ya el pollo —dijo cansadamente Jerry—. Y otra jarra de cerveza, por favor.

Hubo explicaciones.

Jerry miraba ante sí. Miraba algo que nadie más que él veía.

El medio pollo estaba en su punto.

Cerveza helada.

Comer, beber, dormir: la gran vidorra.

—Cóbrese.

El hombre del bar hablaba con uno de los clientes sobre el precio de las latas de jamón ahumado.

—¿Se marcha ya?

—Sí.

—Hacia San Roque ¿no es eso? ¿No fue eso lo que dijo?

Jerry consultó su reloj: las agujas señalaban las cinco y media.

Respondió:

—No.

CAPÍTULO VI

El paseo del General Villanueva se iniciaba en una plazoleta donde cantaba una fuente. Era de corta longitud. Había en él dos o tres consulados extranjeros y una serie de mansiones de estilo francés, feas, suntuosas y respetables. Solo las del último tramo denotaban una cierta audacia inconformista.

El número veinte no correspondía al último tramo.

Balaustradas versallescas.

—Magda Salas —dijo Jerry.

El criado negro le miró perplejo entre los barrotes de forja de la puerta que no se resolvía a abrir.

—¿La señorita?

—Una morena de ojos verdes, apetitosa y efusiva. Usted sabrá.

—Preguntaré, señor. Permítame su nombre.

—Un aficionado al café.

—Pero su nombre...

—Basta con eso.

Un seto cerraba la perspectiva. Por encima asomaban las balaustradas versallescas de la casa. Una horrible Diana neoclásica se erguía a la derecha sobre un pedestal.

El negro desapareció.

Cuando volvió a mostrarse fue para, sin una palabra, abrir la puerta.

Ella aguardaba detrás del seto, la mitad inferior del cuerpo enfundada en unos pantalones azul gris que dibujaban amorosamente sus tensas y turbadoras líneas, la superior en una blusa blanca que destacaba varias cosas apreciables, una de ellas el tono bronceíneo de su tez. Tenía entre los carnosos labios un cigarrillo.

El criado cerró la puerta enrejada y se alejó mirando al suelo.

Lo que Jerry miraba no era el suelo.

—Acudo como la mariposa nocturna que se precipita hacia la luz —dijo—. ¿No es eso lo que está pensando?

La morena sonreía con expresión entre reservada y amistosa.

—No pienso nada. En todo caso, que no es prudente decir: «De esta agua no beberé». Pase, y sea bienvenido.

—Gracias.

Rebasado el seto, se veían el jardín y la casa en su totalidad, con

una terraza, una pérgola, árboles bien podados, flores y arbustos geométricamente dispuestos, una fuente, un templo, media docena de estatuas.

Jerry no disimuló su impresión.

—No le gusta —adivinó la joven—. Mire, en esta tierra la riqueza hay que demostrarla así. Cuantos más pesos, más estatuas; es la única forma de hacerse respetar.

—Según por quien.

—Por los que importa que sientan respeto.

Caminaban hacia la casa.

—Puede que tenga usted razón —dijo Jerry, pensativo. Balanceó el saco de viaje y se lo echó al hombro—. El doctor Carreras no tenía estatuas, platabandas ni setos en su jardín. Vivía en la casa en que uno hubiera deseado vivir. Quizá por esto no le han respetado.

Ella se detuvo.

—¿El doctor Carreras?

—Sí.

—¿Usted le conoce?

—He asistido por casualidad a sus últimos momentos —el tono de Jerry era indiferente—. Estaba allí cuando los hombres de empuje, a sueldo de su padre, han prendido fuego a su casa y le han acribillado a balazos.

La morena guardó silencio un instante. Se quitó el cigarrillo de la boca, sacudió la ceniza. Había sombras en sus ojos.

—¿Eso tiene algo que ver con su visita?

—Sí.

—No comprendo.

—Usted me habló esta mañana de su padre en términos tentadores. Después de lo que he presenciado en casa del doctor no he podido resistir el impulso de venir a conocerle.

—De modo que viene a eso.

—¿Esperaba otra cosa?

—No lo sé —la muchacha titubeó—. Es usted un hombre extraño.

—No tan extraño.

—¿Pretende conseguir un empleo?

—No. Pretendo conocer a su padre, le digo.

—Suponga que está ausente.

—Volveré.

—¿Cómo se llama usted?

—Jerry Brown.

Ella se humedecía los labios con la lengua.

—Muy bien, Jerry, voy a apostar por usted. No me crea tonta. No imagine que no veo que es usted más hondo de lo que aparenta. Vamos, le presentaré a mi padre.

Una avenida conducía a la casa. Jerry pensó: «A la mansión». Más adecuado. Mansión. La casa no era solo una casa, un sitio donde vivir, como las estatuas no eran solo estatuas. La morenaza había insinuado, y era cierto, que detrás de aquella fealdad majestuosa se escondía un símbolo.

Las balaustradas.

La pérgola.

Un salón de estilo Renacimiento, cuyos muebles producían asfixia en el denso aire tropical.

La muchacha no había vuelto a pronunciar palabra.

—Espere un minuto.

Se movía como un ser de otro mundo en aquel mareo: sus ajustados pantalones azul gris, su blusa blanca y lo que había dentro.

Jerry la siguió con la mirada.

Se abanicó sacudiendo la mano.

Estaba vuelto de espaldas, contemplando el jardín, cuando oyó los pasos que acudían.

—Jerry Brown, papá. Dice que quiere conocerte.

El hombre vestía con solemnidad. Era de mediana estatura, y el dinero y el clima, cosa rara, no habían hecho de él un gordinflón. Probablemente sufría del estómago. A cada lado de su boca se marcaba un surco; tenía los ojos hundidos, verdes como los de su hija, y una calvicie triste, un poco apolillada, que acentuaba su aire de cansancio.

—¿Jerry Brown? —repitió. Se detuvo en medio del salón como si hubiera topado con un obstáculo—. ¿No será otra de tus bromas, Magda?

La muchacha continuó andando hacia Jerry.

—Pregúntaselo a él.

—¿De dónde has sacado a este sujeto?

—Esta mañana le he traído desde Bajía en mi coche. ¿Tiene algo de particular?

—Lo tengo —dijo Jerry a media voz. Estudiaba a don Florencio Salas con una apacible y burlona sonrisa—. Resulta, muñeca, que si no me hubiera usted traído a Torzado, tres o cuatro experimentados matarifes, entre ellos Robledo, su jefe, estarían vivos a estas horas. Yo los he matado en casa del doctor Carreras.

—Sospechaba que habría sido usted —replicó la morena

fríamente.

Hubo un silencio.

—Retírate, Magda —ordenó Salas.

—Papá, Jerry es amigo mío.

—¡Retírate!

—No sin saber lo que le trae —de espaldas a su padre, la muchacha miraba a Jerry con atención—. Soy culpable de lo que ha ocurrido, pero no quiero serlo de lo que pueda ocurrir. Todo esto es demasiado confuso.

Salas articuló:

—Si me hubieras prevenido...

—¡Oh, no! Si te hubiera prevenido habrías entrado aquí con una escolta de pistolas. Me interesaba ver la cara que ponías al encontrarte a solas con él.

—¡Magda, no te consiento esto!

—No disputen por mí —dijo Jerry—. Me ha traído la curiosidad, nena. Insisto, puesto que quiere saberlo, en que únicamente deseaba conocer a su papá. Traté en los Estados Unidos a diversas personas que se habían labrado una relativa posición matando a la gente; la que más, un tal Harrison, que había llegado a coronel de Infantería de Marina después de exterminar a mil cuatrocientos nipones en el Pacífico y a ochocientos chinos y coreanos en el país de estos últimos. Su papá es el primer hombre de quien sé que, matando a los demás, ha conseguido amasar millones impunemente.

—¡Basta ya! —exclamó Salas.

—No se pase de rosca, Jerry —indicó la joven. Avanzó hacia el norteamericano y apoyó en su antebrazo una mano de largas y rosadas uñas—. Es suficiente como desahogo —hincó ligeramente las uñas en su piel—. Si ha terminado con mi padre podrá ahora dedicarme un poco de su tiempo a mí.

—Un momento —Salas puso los brazos en jarras, y de pronto comprendió Jerry que su aire tristón y fatigado era solo una envoltura externa. Aquel hombre tenía el nervio de un caballo salvaje y el vigor dominante de un cacique nato. Con dos simples palabras: «Un momento»; con el tono en que las pronunció, su auténtica personalidad había salido a la superficie—. Es posible que tu amiguito crea haber terminado conmigo, Magda, pero yo no he terminado con él. Déjanos solos.

La presión de las uñas en el antebrazo de Jerry se hizo más intensa.

—No, papá.

—Está bien —el propietario adelantó unos pasos para mirar al norteamericano a la cara—. No me desagradan los hombres valientes, señor Brown —Jerry pensó: «Hombres de verdad, hombres de empuje»—. Admito que se necesita valor, no ya para presentarse en mi casa, siendo uno un ganapán desheredado, y desafiarme y cubirme de insultos, sino para romper la promesa que esta tarde le hizo usted al capitán García. Tenía entendido que a las cinco debía usted salir de Torzado, con rumbo a San Roque.

—Debía —asintió Jerry, expectante.

—¿Cuál es el motivo de que haya cambiado de idea?

—Un motivo personal.

—Supongo que ha considerado la posibilidad de que ese motivo personal le cueste el pellejo.

—Se habrá usted dado cuenta, Frankenstein, de que no soy un hombre muy adicto a su pellejo.

—Fanfarronadas.

—¿Sí?

Salas frunció el entrecejo.

Preocupado, quizá, pero no enojado.

—Dice el capitán García que se vio usted envuelto en los sucesos por casualidad, que no es propiamente un delincuente y que no hubo en su conducta intención deliberada de alterar el orden público. Yo estaría dispuesto a admitir como buena esa explicación en determinadas condiciones. Es más, creo que usted mismo ha creado tales condiciones quedándose en Torzado y acudiendo a mi encuentro. Quiero creerlo, por lo menos, señor Brown —la voz de Salas se hizo insinuante—. Quiero creer que, si le ofrezco un empleo a mi lado, un buen empleo, no lo rechazará.

La morena dijo:

—Papá, déjame que hable yo primero con él.

—No veo la razón.

—Pues necesita usted gafas —indicó Jerry suavemente—. De modo, Frankenstein, que le gustaría tenerme a su lado. Le agradecería que llenara las vacantes que yo mismo he producido al despachar a Robledo y poner fuera de combate a unos cuantos de sus querubines.

—No le he hecho la oferta todavía.

—La ha hecho a su manera —Jerry apoyó una mano sobre la de la muchacha y la apartó de su antebrazo. Observó que las uñas habían dejado claras marcas en su piel—. No corra tanto. Llevo en Torzado muy poco tiempo, unas horas, y todo esto está sobrepasándome. Mi sensación es la del fulano que se rasca la tripa

al sol y, de pronto, le cae un chaparrón encima antes de que haya visto una nube. ¿Dónde andan aquí las nubes? Hace un rato, mientras comía, el camarero de un bar me ha contado que usted y Carreras se la tenían pegada de antiguo, que uno de los dos había forzosamente de acabar con el otro. Usted ha acabado con él. Era solo cuestión de quién demostraba menos escrúpulos y menos reparo en derramar sangre. Usted ha demostrado menos. El dinero invertido en contratar asesinos mercenarios le ha rentado el ciento por uno. Muy bien, una técnica financiera como cualquier otra. ¿Todo eso es verdad?

—¿Qué le parece?

—Trato de informarme.

—Jerry, usted describe a mi padre como si fuera un monstruo —dijo la joven. Él la miró, sorprendido de oír en su voz la lejana vibración de una nota burlona—. Comprenda, por favor, que está entre personas civilizadas.

—Sé lo que son personas civilizadas, nena.

Salas respiró profundamente.

—Sentémonos, señor Brown.

—¿Para qué?

—Magda tiene razón: está usted entre personas civilizadas. Hija, ocúpate de que nos sirvan algún refresco. Puede que el señor Brown le apetezca una zarzaparrilla.

—Y un caramelito para chupar —asintió la joven—. No llesves las cosas tan lejos, papá. Di lo que tengas que decir, terminemos de una vez, y deja que al señor Brown le atienda yo luego a mi modo.

—Perfectamente —Salas había ido tomándose suave como la seda—. Usted preguntaba, señor Brown, dónde están aquí las nubes que le han obsequiado con un chaparrón imprevisto. Le entiendo —se asió con ambas manos las solapas de la chaqueta—. Vivimos una época colocada fatalmente bajo el signo de la cooperación, de la asociación, del esfuerzo conjunto. Las hazañas individuales, por desdicha, han pasado a la historia. No hay triunfo, sea en el orden que sea, sin labor de equipo, y cualquier esfuerzo disperso, no concertado, está condenado de antemano a malograrse en la esterilidad. Esto ocurre, como en todas partes, en el mercado mundial del cobre. Con datos estadísticos podría mostrarle hasta qué punto las concentraciones de capital y las grandes comunidades productoras organizadas en el extranjero han dañado en los últimos diez años las exportaciones de nuestro país. Progresivamente hemos sido desplazados, desbancados y eliminados de la competencia por los precios más bajos, las calidades superiores, la distribución y el

transporte mejor estudiados y la propaganda desarrollada a escala masiva. Los yacimientos de cobre de la cuenca de Torzado no son muy importantes, pero sí lo bastante para que reciban atención mayor de la que hasta hoy se les dispensa en el mundo. Nuestro mineral es de primer orden, y podemos competir y vencer si nos lo proponemos. ¿Por qué no? Señor Brown, el único motivo de lo que aquí ha estado sucediendo, de la dura y desagradable pugna cuyo trágico desenlace ha presenciado usted, el único motivo, digo, es que algunos industriales de amplias miras hemos comprendido que solo uniéndonos nos salvaríamos de un desastre. Tiempo atrás fue elaborado un plan de concentración que hoy se encuentra ya en práctica casi totalmente. Ahora bien, la condición básica del plan, su principal garantía, residía en obtener como producción mínima un cierto número de toneladas, número que no podía alcanzarse sin la colaboración de todas, o por lo menos de las más importantes compañías mineras de la región. Esta es la clave. Operando con un contingente de cobre lo suficientemente grande tenemos asegurado nuestro puesto en el mercado y podemos codearnos e incluso superar a los grupos productores más poderosos del mundo. Si el contingente mínimo no se consigue, todo cuanto se haga será inútil y, poco a poco, nuestras queridas minas de cobre de Torzado declinarán, hasta terminar en manos de algún sindicato capitalista extranjero. Se trata, como usted ve, de un problema de supervivencia. Está íntegramente en juego nuestro provenir.

Jerry había escuchado con rostro impasible.

—Conocí en California a un sujeto llamado Chambers que tenía un comercio de accesorios de automóvil —dijo en el mismo tono solemne que Salas acababa de emplear para su explicación—. Por diversas razones le fue mal el negocio, la competencia le pisó el terreno, y un día se encontró ante un vencimiento de letras por valor de ciento quince mil dólares y con solo seis dólares en el Banco. Chambers elaboró un plan. Visitó por la noche las oficinas de una compañía de seguros, mató al vigilante nocturno, se llevó doscientos mil dólares de la caja, y al salir mató también a uno de los agentes de un patrullero de policía, e hirió a otro. Se trataba de un problema de supervivencia, estaba íntegramente en juego su porvenir, pero a pesar de todo le metieron en la cámara de gas y allí estiró la pata.

CAPÍTULO VII

La morenaza dijo:

—Jerry, por favor.

El norteamericano no la miraba a ella, sino al padre. Este se encogió de hombros.

—Piense lo que quiera. La nuestra ha sido y es una empresa honrada, señor Brown, proyectada únicamente para fomentar la prosperidad general. Una empresa, por cierto, muy difícil. Las ideas de asociación, de cooperación y de trabajo conjunto gozan entre nosotros de escasa popularidad. La gente es insolidaria e individualista. A veces, por su bien, hay que ejercer sobre las personas un poco de presión.

—¿Hasta perforarles las tripas, por ejemplo?

—Me refería a presión moral.

—He visto la clase de presión moral que se ejercía sobre el doctor Carreras —asintió el norteamericano.

—El doctor Carreras ha sido un caso aparte —replicó Salas pacientemente—. Él ha dado siempre en Torzado la nota discordante. Era el prototipo del filibustero, del hombre que hace la guerra por su cuenta, que no acata banderas ni se somete a leyes y convenciones. Sentía por mí particular envidia. Imitaba todas mis iniciativas, seguía todos mis pasos, y ningún éxito comercial le producía satisfacción si no iba acompañado de un fracaso mío. Su mayor preocupación no consistía en vender cobre, sino en impedir que lo vendiera yo. Por ello, cuando desde el primer instante adoptó una posición contraria a la que yo preconizaba en el asunto de la amalgamación de compañías mineras, no experimenté la menor sorpresa. Había contado con el obstáculo, sabía que nos tocaría luchar, inevitablemente, señor Brown, porque sin la producción de los yacimientos que poseía Carreras nuestro proyecto era irrealizable: necesitábamos esa producción para alcanzar el contingente mínimo calculado. Cuestión de tiempo. En la guerra que Carreras nos declaraba no podía haber más vencedor que nosotros. O él se rendiría y compartiría nuestros futuros triunfos, o se consumiría lentamente hasta quedar arruinado, o cometería alguna barbaridad. Desdichadamente, esto último es lo que ha sucedido; y en cierto modo, era de prever.

—Parece increíble que haya bárbaros capaces de oponer

resistencia cuando un grupo de pistoleros acude a quemarles la casa —dijo Jerry con acento compasivo.

—No malgaste su sarcasmo. El incidente de esta mañana tiene su origen en la poca habilidad con que Carreras manejó a los obreros de sus minas, hace ya de ello algún tiempo. Cuando comenzó a experimentar dificultades económicas incurrió en el error de dejar que repercutiesen sobre los mineros, sin comprender que estos eran la piedra fundamental de su negocio. Los mineros protestaron, primero, y al no ser escuchados se declararon en huelga. La terquedad del doctor fue de corta duración, pero aun así se prolongó demasiado: en el momento en que, asustado por el modo cómo disminuían sus reservas, se avino a transigir, los obreros, viéndole ya en la pendiente, le abandonaron en masa y corrieron en busca de empleos más seguros y mejor remunerados. Carreras no podía tentarlos con promesas, ni tampoco con salarios mayores, y esto fue su golpe de gracia. Públicamente descargó sobre los mineros su ira, y yo que conozco a esta gente le garantizo que no olvida los insultos de un patrono con facilidad. La prueba, ayer. En «La Rosita», una de mis explotaciones, se produjo en una máquina un extraño accidente, del que resultaron once hombres heridos. La mayoría de los componentes de aquel turno eran antiguos empleados de Carreras, y algunos de ellos habían reparado, antes de que el accidente se produjese, en la sospechosa presencia por aquellos lugares de un individuo apellidado Cienfuegos, fiel sicario del doctor, a quién este había utilizado muchas veces como esquirolo y rompehuelgas. Los mineros, tuvieran o no razón, relacionaron inmediatamente a Cienfuegos con la tragedia, y creyeron ver a Carreras detrás de su esbirro. Ardían de cólera, de ansias de venganza. Son gente primitiva, ruda, de instintos elementales, la mayoría de ellos negros analfabetos. Se apoderaron de Cienfuegos y amenazaron a Carreras con quemar su casa si lograban arrancarle al esquirolo la confesión de que el doctor le había ordenado cometer un acto de sabotaje; y bien, su culpa es hasta cierto punto excusable...

—Justa cólera —dijo Jerry, impertérrito.

—Para quien lo considera sin prejuicios, sí.

—Es decir, que el salvaje de Carreras llevó su rencor hacia usted y hacia sus ex empleados hasta el extremo de provocar un grave accidente en una mina. Los mineros, indignados, se apoderaron del presunto autor del sabotaje, Perico Cienfuegos, y le arrancaron con torturas la confesión de que había actuado por orden del doctor, tras de lo cual, dejando a Cienfuegos agonizante, se dirigieron a

quemar como escarmiento la casa de Carreras. Fue esto lo que ocurrió. Es solo casualidad, más o menos afortunada, que el asesinato del doctor haya puesto punto final al pleito que tantas complicaciones ocasionaba a su benemérito consorcio.

Salas sostuvo la mirada del norteamericano sin pestañear.

—Usted posiblemente no pensaba así cuando ha llegado, pero no puede en serio afirmar otra cosa.

—Y los coléricos mineros no preveían que Carreras intentaría contenerlos a tiros y que terminarían matándolo.

—Así como lo que yo más amo en el mundo es mi hija, lo que más amaba, Carreras era su casa, símbolo de su independencia, de su insolidaridad, de su prurito de diferenciarse de todos nosotros; una casa que se había hecho construir expresamente por uno de los arquitectos más famosos y más caros del mundo. Pero los mineros podían no saberlo, como no sabían que estaría usted allí.

—Los mineros no.

—De la acción más bondadosa, señor Brown, pueden sacarse conclusiones torcidas. Basta con que uno se lo proponga. No es culpa mía si no le satisfacen las explicaciones que, créalo, con la mayor buena fe y sin que nada ni nadie me obligue a ello, estoy ofreciéndole. Dije antes que me agradan los hombres valientes. También me agradan los que, para informarse sobre una persona o un suceso, van a preguntarle directamente al interesado, sin contentarse con lo que les cuenta el camarero de un bar.

Jerry se echó a reír.

—Frankenstein, le felicito: es usted el tipo perfecto del triunfador, el fulano que domina todos los trucos para ganarse la simpatía y la voluntad de sus semejantes. Imagino que vive un momento de euforia, ¿no? Carreras muerto, la ciudad en sus manos, el campo libre, el Consorcio Minero en vías de conquistar el mercado mundial. ¿Cómo no tiene la casa llena de admiradores que acuden a aclamarle?

—Acudirán, no se preocupe. Ha coincidido usted con un momento de calma. Se supone que a estas horas estoy en mi despacho, pero acudirán —los ojos de Salas se endurecieron—. Y acierta, ¿por qué negarlo? al pensar que vivo un momento de euforia.

—¿La empresa del doctor será incorporada al Consorcio?

—Naturalmente.

—¿Por compra?

—Sí.

—¿La hereda su hija?

—No hay razón para creer que no la herede.

—¿Qué pasará si se niega a vender?

—No puede negarse. Está en bancarrota absoluta, no tiene dinero ni para pagar los impuestos que gravarán la herencia, no conseguirá crédito en ninguna parte. El doctor podía implantar un *lock-out* y aguantar infinita o casi indefinidamente, pero su muerte ha cambiado la situación.

—¿Cuánto calculan ustedes pagar por la empresa?

—Cuatro millones de pesos —respondió rápidamente Salas.

Jerry hizo una mueca de sorpresa.

—¿Se sabe la cifra de memoria?

—Está prevista.

—¿Es lo que vale?

—¡Ni soñarlo! Vale por lo menos tres veces más. Cuatro millones es solo el saldo actual de su déficit.

—Estupendo negocio, Frankenstein.

—Excelente —admitió el propietario con la mayor gravedad—. Comprenderá usted que, después de los perjuicios que el doctor Carreras nos ha ocasionado, después de tantos dispendios, tantas demoras, tantas vidas humanas perdidas, es justo que busquemos una pequeña compensación.

—Doce millones o cosa así.

—En efecto.

—Eso significa que la hija del doctor venderá las minas por el importe de sus deudas, sin obtener un centavo de beneficio. Consentirá en que le roben doce millones de pesos y, encima, les dará a ustedes las gracias por haber asesinado a su padre y haber tenido otras amabilidades similares con ella.

—¿Qué otra cosa puede esperar, señor Brown? Es el mundo de los negocios. Tengo la conciencia tranquila: en mi presupuesto mensual figura la entrega de una cantidad importante a las entidades encargadas de atender a viudas y huérfanos. Si la situación fuera a la inversa, si Carreras hubiera vencido, si yo hubiese muerto y mi hija se encontrara a su merced, ¿qué cree usted que ocurriría?

—No me pida esfuerzos de imaginación.

Salas respiró profundamente.

—¿Le parece que demos la discusión por terminada?

—Es suficiente por mí.

—Tenga entonces la bondad de pasar a mi despacho. Haré que mi secretaria redacte un borrador de carta contrato mientras usted y yo nos ponemos de acuerdo respecto a su remuneración —una

sonrisa afable iluminó el lúgubre rostro del financiero, incongruente como un rayo de sol tropical sobre el paisaje de los polos—. Llegaremos al acuerdo con facilidad, no se preocupe. Y olvidémonos de este engorroso y ya liquidado asunto, y, por favor, no hablemos más de él. Magda, querida, quizá te parezca ahora oportuno encargar unos refrescos, los que tú consideres más adecuados. Vosotros...

—No te cueles, papá —interrumpió la joven con desdén—. Jerry está tan lejos de llegar a un acuerdo contigo como yo de salir en cohete hacia la Luna.

Su padre la miró a ella, luego al norteamericano.

—¿Es cierto?

—Posiblemente —dijo él—. No he venido a firmar contratos y sigo sin pensar en firmarlos. Ni con usted, Frankenstein, ni con nadie. De modo que si tiene usted algún trabajito que hacer, alguna tonelada de cobre que vender, algún asesinato más que encargar, no se prive por mí. He abusado ya bastante de su tiempo. Muchas gracias.

Salas apretó un momento las mandíbulas.

—Señor Brown, usted bromea.

—Nada de eso.

—Temo, entonces, que no se percate de su situación. A las cinco debería haber abandonado la ciudad bajo protección de la policía. No lo ha hecho. Es responsable de la muerte de algunos hombres cuyos parientes y amigos claman venganza. Su vida corre gravísimo peligro. Quedándose en Torzado, solo la noticia de que se ha puesto a mis órdenes le garantizaría seguridad.

Una expresión ambigua asomó de pronto al rostro de Jerry.

—Puede que en medio de todo tenga usted razón —dijo. Semejó ignorar la intensa mirada que al oír sus palabras le dedicaba Magda—. Admito que esta charla ha sido para mí altamente instructiva. He descubierto que el tiroteo en que me he encontrado envuelto sin querer, es parte de un problema de enorme envergadura, no apto para mentes como la mía. Empiezo a ver claro, Frankenstein.

—¿Entonces?

—Déjeme reflexionar.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta esta noche. Hasta la hora de la cena. ¿Qué opina de conseguirme una tregua hasta esa hora, de modo que las manos vengativas no se abatan sobre mí?

—Preferiría que tomase ahora su decisión.

—Imposible. En esa decisión están en juego mis principios, mis

costumbres, mis proyectos para el futuro. Compréndalo.

Salas, pensativo, se acarició con un dedo la nariz.

—Muy bien, le conseguiré la tregua. Yo nada tengo que perder. Es usted quien saldrá malparado si me engaña como ha engañado al capitán García.

—No he engañado al capitán García: pensaba marcharme cuando se lo he dicho. Las circunstancias lo han querido de otro modo.

—¿Qué circunstancias?

—No lo compliquemos. Digamos que ha sido mi conversación con el camarero del bar. ¿Esa tregua?

—Repito que se la concedo. ¿Cuándo volveré a verle?

—Después de cenar. ¿Le conviene aquí?

—No.

—¿Dónde?

—Cenaré fuera. Acuda a las diez a mis oficinas del Edificio Balboa, en la avenida de la Libertad.

La muchacha dijo súbitamente:

—No, papá, no hagas eso —su tono era sincero, y en él se notaba ansiedad. Jerry se volvió lentamente a mirarla—. Renuncia a la idea de contratar a este hombre. Ordena que sea conducido ahora mismo a San Roque; o mejor, yo le conduciré...

—Hija, ¿estás loca? —inquirió Salas.

—No lo estoy. ¿Cómo no te das cuenta? Jerry no tiene la menor intención de trabajar para ti. Todo eso de que necesita reflexionar y quiere una tregua son cuernos chinos; es solo una idea que se le ha ocurrido para ganar tiempo. Porque lo que sí necesita es tiempo para desarrollar su plan.

—¿Qué plan, criatura?

—No lo sé —Magda observaba al norteamericano con descaro—. El plan que le ha inducido a romper la promesa hecha a la policía y venir aquí para sostener contigo esta discusión disparatada. Sea cual sea. Abre bien los ojos, papá.

—Ya le dije antes que necesita usted gafas, Frankenstein —subrayó Jerry burlonamente.

Salas titubeó.

—Absurdo. ¿Un plan? Completamente absurdo y ridículo —el aplomo con que lanzó la afirmación parecía, ante todo, fruto de un esfuerzo para persuadirse a sí mismo—. ¿Qué plan puede desarrollar contra mí un vagabundo lleno de prejuicios sentimentales? No seas romántica, nena. Procura ver a este pobre hombre como lo que realmente es.

—Eso es lo que intento que hagas tú. Luego no te lamente.

El propietario, ceñudo, estudió unos momentos a Jerry.

—¿Usted qué dice, señor Brown?

—Solo que se compre unas gafas.

—Pensaré en ello. Le espero a las diez en el Edificio Balboa...

Con una decisión afirmativa, por supuesto. No cometa usted un error que le podría costar caro.

—Nada puede costarme caro —respondió apaciblemente Jerry—. Soy insolvente, Frankenstein. Esta es quizá una de las cosas que trata de hacerle comprender su hija.

—Nadie es insolvente en el sentido a que yo me refiero —dijo Salas.

Dio media vuelta y se marchó.

Sus pasos resonaron en el ámbito de la casa símbolo. Y a Jerry le pareció que resonaban como en el interior de un mausoleo.

CAPÍTULO VIII

Un nuevo cigarrillo entre los carnosos labios de color de rosa.

—Está usted preocupada, muñeca —dijo Jerry.

Ella hizo funcionar su encendedor.

—Salgamos al jardín.

Salieron.

El sol de la tarde achicharraba las estatuas.

—No empiece a atosigarme con preguntas que no tienen respuesta —rogó él antes de que la joven tomara de nuevo la palabra—. Soy como soy, hago las cosas como las hago, vivo como vivo. ¿Distinto de los demás? De algunos solamente. De los que usted conoce. No poseo nada ni ambiciono nada. Un día salí a una carretera, eché a andar, y allá voy sin rumbo. Pero una cosa es cierta: no pienso aceptar la oferta de su padre.

—Nadie le obliga —dijo la morena sombríamente—. Y puesto que no va a aceptar la oferta, Jerry, márchese inmediatamente de Torzado.

—¿Le gustaría que esto fuese nuestra despedida?

—Me resignaría.

El rio sin motivo aparente. Sacudió la cabeza.

—Años atrás, no muchos, yo hubiera admirado a su padre. No por sí mismo, sino como tipo humano. Es la clase de hombre que en cierta época hubiera deseado yo ser. Magnífico: poder, dinero, energía, influencia. ¡Cuánta confianza! ¿Qué temor le inspira un vagabundo sentimental a un hombre así?

Caminaban en torno a la casa, entre los setos.

—Lo peligroso es que no es usted un vagabundo sentimental, Jerry.

—¿Qué soy?

—No lo sé. Pero si fuera eso se habría marchado a las cinco en el coche de la policía. Si lo fuera, la mentalidad y la conducta de mi padre le habrían indignado. Y no, Jerry. Usted ha insultado a mi padre como nunca oí que le insultara nadie, le ha echado en cara sus procedimientos, le ha llamado ladrón y asesino. ¿Arrastrado por la cólera? No, en absoluto. Lo ha hecho con plena deliberación, como el químico que tiene en su tubo de ensayo una mezcla desconocida y va agregándole sucesivamente gotas de reactivos distintos para averiguar su composición por los colores que toma y

los cambios que sufre. Me ha parecido ver al visitante impertinente que en el zoo mete el bastón entre los barrotes de la jaula para hostigar al chimpancé y divertirse con sus muecas.

—La comparación no es muy halagadora para su padre.

—Yo quiero a mi padre, Jerry —dijo la muchacha, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos—. Lo que él hace, bien hecho está. Este país se rige por la ley de la selva, y la civilización es solo una palabra que los políticos intercalan en sus discursos. Mi padre es un hombre duro, no conoce la compasión, no repara en medios para derribar obstáculos y derrotar a sus enemigos. Pero es que tampoco sus enemigos reparan en medios para combatirle a él, y si no diera el zarpazo a tiempo le tocaría recibirlo. He corrido mucho y puedo juzgar, créame. No soy una niña tonta encerrada en Torzado desde que nació. He tenido ocasión de elegir, y he elegido esto con plena conciencia. Mi madre no lo resistió. Hace muchos años, en la época en que la lucha era más dura, ella abandonó a mi padre, vencida por el horror, por el miedo, por el cansancio, y se marchó a Europa y me llevó consigo. Hoy vive en Suiza, rodeada de comodidades, vestida en las mejores casas de modas, tratando a la gente más delicada, distinguida y espiritual, pero yo, Jerry, yo he regresado junto a mi padre. Este es mi sitio. En Suiza y entre gente delicada nada tengo que hacer.

—¿Y aquí? —preguntó Jerry distraídamente.

—Aquí hay un imperio que mi padre gobierna y que un día será mío y del hombre a quién tome por esposo.

—Compadezco al desdichado.

—No es verdad.

—¡Oh, usted lee dentro de mí! La zorra ante las uvas: «Son verdes». Me finjo displicente y desinteresado, y en realidad la ambición de las riquezas ajenas me roe las entrañas.

—No se ha marchado a San Roque —dijo la joven significativamente—. Ha resuelto quedarse después de que el camarero de un bar ha estado contándole historias sobre don Florencio Salas y el Consorcio Minero. Esto le ha inspirado ideas geniales, ideas que se propone llevar a la práctica antes que...

—No, paloma.

—¡Sí, Jerry! Usted ha resuelto quedarse, pero ello significaba romper el acuerdo con García y exponerse a las represalias de un grupo de pistoleros especialistas en la caza del hombre. Con objeto de evitar el peligro ha venido usted a casa y le ha arrancado a mi padre una tregua. Este es el único motivo de su visita. Ahora...

—Le digo que no —Jerry se detuvo a la sombra de un gigantesco

magnolio—. ¿Tiene usted su coche aquí? ¿Tiene a mano ese estupendo «Chrysler» con que me trajo de Bajía?

Ella permaneció un momento con la boca entreabierta. Luego señaló con el pulgar por encima del hombro.

—En el garaje.

—Pues sáquelo y vámonos.

—¿A dónde?

—A cualquier parte. A un lugar tranquilo, aislado, donde estemos solos —Jerry fijaba su inexpresiva mirada en los ojos verdes—. No diga que no me comprende. No diga que se ha equivocado conmigo. Me tiene a su disposición por todo el resto de la tarde, me tiene también para cenar juntos, si lo desea. Hasta las diez —una extraña sonrisa apareció en sus labios—. Puede que esto la tranquilice con respecto a mis intenciones, al propio tiempo que le devuelve la fe en sus dotes de seducción.

Ella estaba perpleja.

—Confieso que es usted desconcertante.

—Un poco distinto nada más. Y por fuera, nena. En el fondo, como usted sabe muy bien, todos los hombres somos iguales. La técnica que ha servido para conquistar al primero sirve para conquistar a una serie sin fin.

La muchacha le miró un momento en silencio.

—No me fío.

—¿De mí?

—De usted, naturalmente. Nada me hubiera sorprendido más que si me hubiese dicho, al llegar, que el motivo de su venida era yo. Ha dicho que el motivo era mi padre, y lo he creído. Conozco mis propias limitaciones.

—Es demasiado modesta.

—Soy sincera, Jerry, incluso conmigo misma.

Él se encogió de hombros.

—Traiga el coche.

—Pretende burlarse.

—No.

—Lo siento, pero no veo claro en usted.

—Esto se llama aventura —dijo Jerry apaciblemente—. Es la sal de la vida, la pimienta con que uno adereza el aburrimiento diario. Cuando el camino se ve demasiado claro le entra a uno pereza de echar a andar, pero el misterio, las sombras, atraen irresistiblemente. Tendrá, imagino yo, toda la claridad que quiera en sus devaneos con los jóvenes y apasionados galanes de la localidad. A veces conviene variar un poco.

La joven se apartó un mechón de cabello que le rozaba la mejilla.

—Muy bien —replicó con súbita decisión—. Espéreme aquí.

Cuando estuvo solo, Jerry se volvió hacia la casa. Había cristales emplomados en algunas de sus ventanas, marquesinas, tejadillos. Uno tenía la impresión de que iban a salir caballeros con levita, damas encorsetadas y tocadas con grandes pamelas. ¿Cuánto haría que había sido edificada aquella lujosa monstruosidad? ¿Veinte o veinticinco años? No muchos más, por supuesto: todo lo antiguo era falso, imitación caprichosa para inspirar lo que la morena llamaba respeto. En tiempos de la Primera Guerra Mundial, tiempos a fin de cuentas no muy lejanos, Torzado era solo un campamento de tiendas y barracones instalado en la confluencia de los dos ríos Bravo y Jarape, lugar especialmente reputado por la rapidez con que los hombres blancos contraían en él la malaria.

Ahora era esto.

En una de las pérgolas brilló algo al sol.

Jerry descubrió a dos fulanos de tez oscura que le contemplaban impávidos desde allí. Uno de los dos sostenía con negligencia una metralleta, en cuyo mecanismo se había reflejado la luz del sol por un instante.

Centinelas.

Retrocedió unos pasos para gozar de perspectiva más amplia.

Sí, cómo no, centinelas: en la terraza de la esquina montaban guardia otros dos. «Lo que sí necesitaba es tiempo para desarrollar su plan.» ¿Don Florencio Salas no confiaba tanto en sí mismo como aparentaba? ¿Los consejos románticos no resbalaban sobre él como parecía? ¿Los hombres armados habían sido colocados para vigilar al vagabundo, lleno de prejuicios sentimentales?

Un motor roncaba suavemente.

Jerry volvió la espalda a la casa cuando, muy despacio, el «Chrysler» gris y plata apareció. Abrió la portezuela. Por un momento examinó a la muchacha, reparó en el brillo peculiar de sus ojos verdes. Luego arrojó al interior el saco de viaje, montó en el coche y este rempendió su camino.

—Los hilos vuelven a anudarse —dijo él. Buscó una posición cómoda, se desperezó hinchando los músculos bajo la camiseta blanca—. Parece imposible que desde la última vez que estuve sentado aquí, hayan ocurrido tantas cosas molestas. Confío en que olvidarlas será fácil.

La joven hizo sonar el claxon dos veces.

—¿Realmente quiere olvidarlas?

—¿Por qué no?

—Pienso que ha tomado esa decisión de una manera demasiado súbita. Pero no importa —movió la mano como borrando algo que hubiera estado escrito en el aire—. La aventura es esto, tiene usted razón. Y una de las cosas que la vida en este país enseña es a no desperdiciar la aventura cuando surge.

Prevenido por el sonido del claxon el criado negro que le franqueó a Jerry la entrada abrió la puerta enrejada para permitir la salida del coche. Le vieron al rebasar el seto.

Jerry miró atrás: los centinelas de la pérgola no se habían movido y a los restantes los ocultaba la casa.

Muy bien.

El paseo del General Villalba.

La plazoleta donde cantaba la fuente.

La casa o la mansión habíase perdido entre las otras mansiones. Delante hacia abajo extendíase el conglomerado irregular de la ciudad.

—¿A dónde vamos?

La morena sonreía. Era ahora una mujer nueva, como si haber salido del mausoleo la hubiese transfigurado. Volvía a ser la criatura sensual, de vida epidérmica y apetencias francas, que por la mañana había sido. Sin recovecos anímicos, sin raíces mentales. Solo una mujer de negro cabello y rostro bronceado de altos pómulos, labios golosos y cuerpo turbador.

Suficiente.

—Vamos a un lugar llamado Posada Americana.

—¿Qué es?

—Un parador que abrieron hace poco en la carretera de los lagos. Un sitio íntimo, tranquilo, donde se come bien y se puede bailar. Le gustará. Está de moda.

—Ni hablar —dijo Jerry.

Ella le miró de reojo.

—¿No es eso lo que quiere?

—Quiero estar a solas. Digo a solas. Para bailar, si realmente desea bailar, basta con la radio del coche. Aunque sea en pleno desierto.

La muchacha sonreía apretando los labios.

—Pensé que íbamos a divertirnos.

—¿Es ese parador de moda el lugar donde suele divertirse con los galanes de turno?

—Uno de los lugares. Aquí, en Torzado, las jóvenes de buena familia...

—Cuando esta mañana me invitó a quedarme en Torzado, ricura, no lo hizo como joven de buena familia.

La muchacha exhaló el aliento.

—¿Va usted siempre diciendo a la gente cosas ofensivas?

—Solo digo a cada cual lo que, a mi juicio, merece. No tengo pelos en la lengua, eso no.

—¿Qué pensaría si parase el coche y le pidiera que se apease ahora mismo? Tengo derecho, ¿no? ¿Qué pensaría?

—Pensaría que esta mañana ha mentido al afirmar que era sincera.

El pie de la joven disminuyó la presión que ejercía sobre el pedal del gas. La tensión de su cuerpo se relajó.

El «Chrysler» abandonaba los barrios residenciales por una carretera sinuosa que remontaba la ladera del valle, ascendiendo hacia la cresta cubierta de bosque.

—Jesús, Jerry, es usted imposible —dijo la morena con un suspiro. Su tono era afectuoso—. No se puede tomar la vida así, una vida de la cual más de la mitad son farándulas, oropeles, adornos e hipocresías. Si quita todo eso, lo que queda es tan feo y descarnado que produce náuseas. No me obligue a verlo como usted lo ve. Déjenos a los demás que nos engañemos, aunque sea adrede, aunque sepamos que todo es mentira.

—¿Lo prefiere?

—He sido educada de este modo.

—Allá usted, entonces.

Ella condujo un rato en silencio, aumentando de nuevo la velocidad en la medida que se lo permitían las curvas de la ruta, hasta alcanzar la cresta. En esta la carretera proseguía en cornisa. Entre los árboles se descubría una estupenda vista del valle, con los ríos, la ciudad, las explotaciones mineras y la naturaleza salvaje en torno.

—No se preocupe, no vamos a la Posada Americana ni a otro lugar de moda —declaró la muchacha, de pronto—. No he pensado en ningún momento en ir allí. Lo he dicho para ver su reacción. Y no me replique que sabía esto de antemano.

Jerry contemplaba el valle.

—No andaría muy lejos de la verdad.

—Es posible. Pero no lo diga, sea como sea.

El «Chrysler» marchaba ahora lentamente.

Debido a que miraba en dirección contraria, no vio Jerry el camino lateral que se abría a la izquierda. El coche viró noventa grados y entró en el camino. El valle desapareció.

Jerry no dijo nada.

Momentos después habían rebasado la cresta y descendían por la otra vertiente: una cuenca invadida por la lujuriente vegetación tropical, en la que el camino parecía a veces un túnel.

—Esto es mío —anunció la muchacha—. No de mi padre, sino mío. Compré el terreno por unos centavos. No sirve para nada, no tiene utilidad, no hay cobre, desmontar la selva para cultivar el suelo sería demasiado costoso, pero es mío.

—Solo por el gusto de poseer algo.

—Quizá.

—Un gusto que no se sacia nunca, que aumenta sin cesar, que concluye trastornando la mente, embriagando, alucinando. Comienza uno adquiriendo por unos centavos una extensión de tierra sin valor; termina asesinando al vecino para robarle la parcela que ambiciona. En usted es la fuerza de la sangre.

La joven no se inmutó.

—Déjeme tranquila con eso, Jerry.

El camino salió a una zona despejada.

El paisaje sorprendía: un muro de desnudas rocas grises, de enormes bloques, y al pie un gran prado verde que se hubiera creído trasplantado artificialmente desde otro clima menos riguroso; junto al prado, formando el fondo de una hoya, una laguna de purísimo azul. La manigua se extendía en derredor, y el claro constituía un insólito anfiteatro abierto como por arte de magia en la espesura.

En el punto más bello, enmarcada por las rocas, el prado y la laguna, se alzaba una casita de madera y piedra.

—De modo que el terreno no tiene utilidad —dijo burlonamente Jerry.

—Me refería a utilidad material —la muchacha conducía con suma atención por el difícil camino—. Este es mi retiro secreto. Aquí puedo pescar, nadar, leer, escuchar música, aislarme, librarme de vez en cuando del ambiente de la casa de mi padre. ¿Qué le parece?

—Muy práctico.

—¿Práctico? ¿Es eso lo que piensa ante un panorama así?

—Es lo que sin duda pensó usted al verlo por primera vez. Como antes ha insinuado, las jóvenes de buena familia, en Torzado como en todas partes, deben cubrir determinadas apariencias. Está aceptado que acudan a los paradores de moda para bailar y decirse tonterías con los pollos de reputación honesta, pero poco más —el coche bordeaba el prado para detenerse junto a la casita—. Me pregunto cuántos habrán hecho este viaje antes que yo.

La morena aplicó el freno y cortó el encendido.

—La cifra le sorprendería.

—¿Usted cree?

—Sí, porque es ninguno. Vamos.

Jerry saltó a tierra.

—Su padre conoce la existencia de este castillo de Drácula, naturalmente.

—Nunca ha estado aquí: la conoce por referencias. ¿Lleva usted un bañador en su saco de viaje?

—Sí.

—Cójalo; nos daremos un baño en la laguna y se quedará boquiabierto de lo clara y fresca que encuentra el agua. Y por favor, Jerry, por favor, concedámonos una tregua también nosotros —la muchacha se había apeado y miraba a los ojos al norteamericano. En aquella intensa y suplicante mirada descubrió él, de súbito, cuán ingenua era ella pese a su desparpajo, cuán pobre pese a su dinero, cuán ilusa pese a su experiencia, cuán tímida pese a su aplomo—. Siempre he sido feliz aquí, y lo crea o no, se lo juro, es usted la primera persona a quién traigo a esta casa. Nunca he conocido a nadie como usted. Me fue simpático desde que le vi, y ahora, después de lo que le he oído decir a mi padre, estoy segura de que tenemos mucho, muchísimo que hablar y nos entenderemos fácilmente. Quiero que se percate de que trayéndole a esta casa, a este lugar, le ofrezco una parte de mí misma que nadie conoce. Si yo soy capaz de llegar hasta su verdadera personalidad a través de la capa de rudeza insultante en que se envuelve, usted puede llegar hasta la mía. Por favor, Jerry, no estropee esto. Somos libres hasta las diez. Usted necesita olvidar muchas cosas, y yo también. Aprovechémoslo.

Jerry supo que decía la verdad.

Le dolió como un golpe.

—Será lo que usted quiera —respondió a media voz.

—Pues vamos.

Él tomó su saco de viaje, y fueron.

Ella sonreía como la niña que en secreto va a mostrarle al primero de clase su casa de muñecas. Jerry hubiera querido borrar aquella sonrisa, pero no supo cómo.

La puerta.

—No diga nada si no le gusta, Jerry. Forma parte de la tregua. Se lo ruego.

Los ojos verdes escrutaban ansiosamente su rostro. Jerry se detuvo en el umbral.

—Me gusta demasiado. Usted sabía que me gustaría.

Un chispazo de alegría e ilusión en las pupilas apasionadas.

¿De ilusión?

—¿Por qué dice demasiado?

Era una casa, una auténtica casa en sus pequeñas dimensiones, simple, perfecta, exquisita. Un lugar para vivir, para soñar, para amar, para ser dichoso.

Jerry bajó los ojos.

—Ya lo comprenderá.

—Pase, no se quede ahí —ella tendió la mano para asir la suya—. Un chapuzón, y luego prepararé un trago. Tengo provisiones, no falta nada, ya verá. Soy buena cocinera. Le enseñaré dónde puede mudarse de ropa.

—Espere —dijo él.

—¿Qué le ocurre?

—Permítame un momento.

Depositó en el suelo su saco; se agachó, lo abrió, rebuscó en su interior. Sentía sobre sí la mirada perpleja de la muchacha.

Cuando se enderezó tenía en la mano un rollo de alambre.

—¿Qué va a hacer?

—Acérquese.

Ella obedeció.

Estaba demasiado asombrada, demasiado hundida en la repentina decepción para ofrecer resistencia cuando Jerry rodeó con el alambre sus muñecas y en unos segundos le ató las manos a la espalda.

La respiración agitaba su bello pecho.

—No puedo creer eso de usted —articuló al fin. El terminaba en aquel momento su rápido trabajo—. No puedo creerlo. Dígame que bromea. Dígame que no es usted un canalla y un traidor.

Jerry se encogió de hombros.

—Por supuesto, nena, no merece usted una cosa así —su rostro tuvo por un instante una expresión tempestuosa—. Me parte el alma hacerlo. Pero su propio padre ha dicho que, así como el doctor Carreras lo que más amaba en el mundo era su casa, lo que él más ama en el mundo es su hija. Por miedo de que sufra usted daño, seguirá al pie de la letra mis órdenes.

La joven le miró con horror.

—¡De modo que ese era su plan!

—Sí, querida.

—¡Secuestrarme!

—Sí, querida, secuestrarla. Sabía que me daría usted facilidades,

aunque no imaginaba que fueran tantas. Ahora cuento con la tregua que me ha concedido su padre para preparar el resto: me sobra tiempo hasta las diez. Usted se quedará aquí, un poco incómoda...

—¿Proyectaba esto desde el principio?

—En líneas generales, desde que resolví no marcharme a San Roque —asintió Jerry gravemente—. Los detalles se han ido perfeccionando... Lo siento —sus ojos rehuían los de la muchacha—. Permítame ahora atarle los pies.



—¿Le gustaría que esto fuese nuestra despedida?

CAPÍTULO IX

Los pies.

Jerry se los miró mientras escuchaba la voz gangosa que le hablaba a través del teléfono.

—Es cuanto puedo decirle, señor. No sé nada de la señorita. No sé nada de nada. Soy solo el conserje de la Compañía, señor. No tengo nada contra nadie, señor.

—Está bien —replicó secamente.

Colgó el aparato.

Consultó la guía colocada sobre un soporte dentro de la cabina. Letra M. Fue siguiendo con el dedo la columna.

Marcó el número que acababa de encontrar.

—Doctor Mora, por favor. Es muy urgente.

—¿Dice urgente? —preguntó una voz femenina.

—Sí.

—Convendría que le llamara usted a su clínica, señor. Estará allí a esta hora. ¿Anota el número?

Jerry lo anotó mentalmente mirándose los pies.

Luego lo marcó.

Tuvo enseguida al doctor Mora al aparato.

—¿Quién es usted? —inquiría. Jerry creía verle aún, gordito, sudoroso, charlatán, entre los muertos y heridos, tendidos frente a la casa incendiada—. ¿Dice que Brown? ¿Quién es Brown?

—El norteamericano que estaba esta mañana con el doctor Carreras.

—¡Oh! Comprendo.

—Escúcheme bien, doctor. Debo entrevistarme con la hija de Carreras sin perder un minuto. He llamado a todos los números de la guía relacionados con el nombre de su padre, y en ninguno me dan razón. Solo el conserje de las oficinas de la Compañía dice que ella estuvo allí esta tarde y que habló por teléfono con usted en su presencia.

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—Aquí —declaró el médico con desgana—. Necesita asistencia. Sufre un shock considerable...

—¿Dónde tiene usted la clínica?

—En la calle Velarde. Pero...

Jerry cortó la comunicación.

Salió de la cabina y se aproximó al bar para pagar la cerveza que había bebido.

—¿Cómo se va desde aquí a la calle Velarde?

Escuchó las explicaciones pacientemente.

Abandonó el local.

Había aparcado el soberbio «Chrysler» gris y plata cerca de la esquina. Tomó asiento ante el volante, puso el coche en marcha y procuró ceñirse a las explicaciones que el *barman* le había dado.

La clínica.

Una clínica para ricos, para clientela selecta. La calle Velarde era tranquila, silenciosa, exterior. El establecimiento se alzaba entre jardines, discreto y elegante; pequeño, las proporciones justas para que los pacientes se sintieran como en un hotel residencial.

Enfermera-recepcionista, modelo Hollywood. Línea tonificante.

—¿Es usted el señor Brown? El doctor Mora me ha prevenido de que preguntaría por la señorita Carreras.

—¿Solo la ha prevenido?

—Puede usted pasar, señor —sonrisa tonificante, como la línea general—. A la izquierda, al fondo, habitación D.

A la izquierda.

En metal plateado, la letra D sobre el fondo color tabaco de la madera de la puerta. Blanco el marco.

¿Una clínica?

Abrió el doctor Mora en persona.

Por encima de su cabeza vio Jerry, no una habitación, sino un pequeño apartamento que comunicaba con la parte trasera del jardín. Impersonal, pero bonito. El lugar ideal para que los ricos convalecieran de sus indigestiones.

Mora decía:

—Ella se ha empeñado —su cuerpo gordito adquiriría dignidad vestido con la impecable bata blanca—. No sé si puedo apelar a su sentido común, señor Brown. La pobre criatura se muestra muy sensible con respecto a usted, y se ha empeñado en recibirle; pero, francamente, me agradaría conocer el tema de que se propone usted hablarle.

Jerry buscaba a Blanca con la mirada, sin verla.

—¿Es una precaución médica?

—Digámoslo así.

—Me propongo hablarle de negocios.

Mora pestañeó.

—No creo que...

—La chica no es la primera persona a quién le matan el padre. No se preocupe sus nervios lo resistirán. Es asombroso lo que resisten a veces los nervios de las niñas mimadas.

—Yo soy el médico de la señorita Carreras, señor Brown.

—Y de otras muchas muñecas de su estilo, supongo —asintió Jerry—. Pagan bien. ¿Quiere quitarse de en medio, por favor?

El doctor se apartó de la puerta. Su rostro traslucía una especie de repugnancia.

—Diez minutos. No le consiento más.

Salió y cerró.

Jerry avanzó a través de la elegante antesala, vislumbró el dormitorio vacío y continuó sin detenerse hasta el jardín.

El apartamento disponía de una pequeña terraza cubierta, un rincón íntimo, con sus plantitas floridas, sus sillas extensibles último modelo, su lámpara para leer.

Allí estaba la rubia.

—Me aticé dos jarras de cerveza fresca y medio pollo, después de habernos separado —dijo él a media voz—. Gracias por recomendarme esa hostería.

Ella le miró de hito en hito con sus diamantinos ojos grises. Todo un cuadro. Vestía una prenda de encaje negro que le caía hasta los pies, llena de raras transparencias, un poco equívoca, con la cual su belleza de gatita rubia adquiriría un matiz misterioso. No parecía propiamente enferma, ni siquiera enferma a la manera de una niña rica, pero su rostro conservaba las huellas de una violenta conmoción.

Preguntó al cabo de un momento:

—¿Qué quiere usted?

Jerry la contemplaba con disimulada tensión interior.

—Pues quiero solo hablar de cierto asunto.

—Yo le creía en San Roque.

—No es verdad.

La muchacha entornó los párpados. Se hallaba en pie junto a la lámpara, ambas manos apoyadas en el respaldo de una de las sillas extensibles.

—Señor Brown, la última vez que nos vimos no me dio usted motivo para creer otra cosa. Admito que me mostré un tanto inconveniente con mis exigencias pero la respuesta que obtuve y la actitud de usted no dejaban lugar a dudas. No se lo recrimino. Fue una buena lección, y dicen que en la vida hay que ir aprendiéndola poco a poco.

—Dicen eso —asintió Jerry—. ¿Le ha administrado Mora buenos

sedantes?

—Sí.

—Ya veo.

—Los sedantes permiten disimular el dolor ante los extraños, señor Brown. No lo calman. No lo borran. Le ruego que no se confunda.

Él sonreía distraídamente.

—Está bien. ¿Ha oído lo que decía ese matasanos de lujo cuando me ha abierto la puerta?

Las manos de la joven oprimieron con fuerza el respaldo de la silla.

—He oído lo que decía él y lo que decía usted.

—Él ha dicho que se ha empeñado usted en recibirme porque es muy sensible con respecto a mí —Jerry avanzó dos pasos y se sentó en una de las sillas—. Resulta halagador. Cualquier hombre se derrite si consigue adueñarse de la sensibilidad de una muñequita de su categoría, nena.

—Vuelvo a rogarle que no se confunda.

—¡Oh, no! —rio él—. Es Mora quien se confunde. Usted no se muestra sensible con respecto a mí como persona, como individuo, como yo mismo, como Jerry Brown. No me hago ilusiones, descuide. Cualquier ilusión me la habría quemado ese beso de altas finanzas que me dio usted en su coche. Ha sido explícita desde el principio. Necesita una herramienta para reparar las averías que sufren su amor propio y los negocios mineros que hereda de su padre, y ha pensado que, casualmente, esa herramienta podría ser yo. Está dispuesta a adquirirla a cualquier precio.

La rubita titubeó. Se humedeció los labios con la lengua. Un poco de color apareció en sus mejillas.

—Ya sé que le he ofendido. Perdóneme.

—No es preciso que, encima, finja que lo lamenta.

—Compréndame, señor Brown. Estaba completamente trastornada. Estaba fuera de mí. Si de algún modo...

—Cállese —Jerry estiró las piernas. Evitó ahora deliberadamente mirar a la muchacha—. Voy a ir al grano, paloma. Voy a decirle a qué he venido. Su matasanos de salón nos interrumpirá dentro de unos minutos y no quiero privarla del placer de oírme.

Ella se apartó de la silla y avanzó para situarse de nuevo frente a él.

—No le entiendo.

—Se trata de las minas de su padre.

—¿Las minas?

—Eso digo. ¿Por cuánto dinero se desprendería de ellas?

La rubita no ocultó su sorpresa.

Pero no contestó enseguida. Sus ojos semejaron perder brillo, como si la humedad los empañara.

—No lo sé —dijo al fin—. No tengo idea de lo que valen...

—Permítame dudarle —atajó Jerry—. De todos modos le diré que deben valer alrededor de doce millones de pesos. El negocio se encuentra actualmente en déficit por un valor aproximado de cuatro millones.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Don Florencio Salas.

La joven se inclinó hacia adelante.

—Don Florencio Salas... Ese... ese hombre... ¿Es él quien le envía?

—Ni soñarlo. Pero Salas y yo hemos sostenido una conversación esta tarde, y puedo anunciarle que el Consorcio Minero se propone hacerle a usted una oferta de cuatro millones por los negocios de su padre. Este dinero le permitirá pagar los impuestos sobre la herencia, posesionarse de esta, liquidar las deudas, y quizá le sobren algunos pesos para comprar billete en el autobús, marcharse de Torzado y no volver nunca.

—¿Cuatro millones? —musitó la rubita.

—Sí.

—¿Esos ladrones van a ofrecerme cuatro millones por las minas? ¿Cuatro cochinos millones? ¡Oh, no!

—¿Qué esperaba?

—¿Es que están locos? ¡Cualquiera me pagaría el doble!

—¿Quién, nena? ¿Un aspirante a suicida? Después de lo ocurrido con su padre, después de su guerra insensata contra el Consorcio, sus minas son una patata tan caliente, que nadie en el mundo se atreve a cogerla. Desengáñese.

—¡Lucharé! ¡No me dejaré robar!

—Sí, querida. Seguro que su papá dijo lo mismo.

La muchacha se dominaba con dificultad. Bajo la tenue envoltura de encaje negro vibraba su cuerpecito como sometido a una carga eléctrica.

—¿Y ha venido usted a persuadirme de que acepte, señor Brown? ¿Es eso? Su actuación de esta mañana tuvo por consecuencia que mataran a mi padre, se negó después a prestarme ayuda, y ahora... Está claro, ¿no? ¡Está muy claro!

—No, no lo está.

La rubita enderezó la espalda y ocultó sus manos temblorosas.

—Márchese, señor Brown.

—Espere —articuló él—. Le he dicho lo que el Consorcio se propone hacer, pero no lo que hará.

—Puedo imaginarlo.

—Juraría que no. Esta noche, después de las diez, recibirá usted por las minas una oferta de quince millones de pesos.

Silencio.

—¿Cómo dice?

—El Consorcio, o Salas personalmente, ofrecerán esta noche quince millones —explicó Jerry lentamente—. Es un buen precio, sobre todo teniendo en cuenta que no se limitarán a ofrecerlo, sino que lo pagarán. Apresúrese usted a llamar al abogado y a los asesores comerciales de su padre, convoque al Consejo de administración de la Compañía, y a cuantas personas considere necesarias. Esta misma noche debe quedar liquidado el negocio, debe estar firmado el contrato, debe tener usted el dinero a su disposición, en tal forma que luego no se lo puedan volver a arrebatar. Cuanta más gente la rodee a usted, mejor para todos. Son quince millones, muñeca; el déficit, naturalmente, a cargo de usted. Repito que se trata de un buen precio.

La joven dio unos pasos por la terraza. Se detuvo como para contemplar el jardín.

Sus ojos diamantinos perforaron a Jerry cuando se volvió.

—¿Está usted diciéndome que el Consorcio se propone comprar las minas de mi padre por cuatro millones de pesos, a pesar de lo cual pagará esta noche quince millones?

—Exactamente.

—¿Cómo quiere que crea eso?

—Limítese a prepararse para los acontecimientos.

—¿Cuál es la explicación?

—Sencillo —dijo él con calma—. He encontrado un medio infalible de someter a Salas a mi voluntad. Si le ordeno que pague los quince millones, tendrá que pagarlos. Por lo menos de momento. No respondo de lo que ocurra después de esta noche; por ello es imprescindible que usted y su abogado busquen la manera de que el pago no pueda anularse, ni la operación tampoco. Y es fácil encontrar esa manera. Aunque sea a medianoche, el Consorcio puede pagar prácticamente en efectivo, con la garantía de todos los banqueros de la ciudad.

La rubita escuchaba con avidez.

—No dudo de eso. Pero, ¿qué ha hecho usted, señor Brown?

—Permítame que no conteste a esa pregunta.

—Debo saberlo.

—Al contrario. Saberlo la convertiría en cómplice.

—En cómplice... Parece muy seguro de que tendrá éxito.

—No, no estoy seguro —él sostenía su inquisitiva mirada casi sin pestañear—. Sin embargo, no habrá otra ocasión de intentarlo. Ahora o nunca. Es preciso arriesgarse.

—¿Cuál será su participación en el negocio?

—Ninguna.

—Me refiero a su comisión, o como quiera llamarlo.

—Sé a lo que se refiere. Ninguna.

—No puedo creerlo.

Jerry movió afirmativamente la cabeza.

—No puede, es verdad. No cabe en su concepción del mundo y de las cosas. Para usted todo se compra y se vende, todo tiene precio, incluso la propia estimación. Me lo demostró esta tarde.

—¿No quiere olvidar lo que le dije entonces?

—No.

—Señor Brown, es usted un hombre disparatado. Esta tarde me tenía miedo. Se ha negado a ayudarme, ha huido de mí. Ahora...

—Ahora es distinto.

—¿Por qué?

Jerry guardó silencio un instante. Su rostro enjuto y varonil, era inexpresivo como una máscara.

—Porque mi presente visita tiene una segunda parte. Entre lo que me dijo usted esta tarde, hubo algo que nunca olvidaré, muñeca. ¿Necesito recordárselo? Dijo que sabía por referencias que San Roque es un sitio tranquilo, pero que nunca ha llegado hasta allí; y me pidió que la llevara conmigo al marcharme —su tono se había hecho lento, moroso, como si hablando arrastrara un peso—. Bien, este es el momento de elegir. Renuncie a todo y véngase conmigo: tengo un coche ahí fuera; o quédese y cobre sus quince millones. La opción es clara.

La rubita contuvo la respiración.

—Está loco.

Jerry sostuvo su mirada todavía un momento. Luego inclinó la cabeza e inició la acción de ponerse en pie.

—Me basta con esa respuesta.

Ella se le aproximó.

—Por favor, señor Brown...

—Déjelo. Tendrá su dinero.

—Usted no comprende —los grises ojos se alzaban suplicantes—. No comprende en absoluto.

—Sí, sí comprendo. Y no vaya a creer que se lo echo en cara. La gente sensata es como usted, yo estoy loco, perfectamente. Arrancarle quince millones de pesos a Florencio Salas será una magnífica venganza indirecta de la muerte de su padre y de tantas desventuras y humillaciones como la han precedido y acompañado. Un sueño hecho realidad. Lo que a Salas más le importa en el mundo es el dinero, y a usted también. En ese terreno coinciden. Usted enterrará mañana a su padre y saldrá de la ciudad triunfadora, con un montón de billetes para fundar en otra parte un negocio igual o mejor que el que aquí ha liquidado con tan suculentos beneficios. Es hija de Dionisio Carreras, sangre de su sangre, y no hay más que hablar.

Jerry oyó súbitamente dentro de sí un eco raro de sus propias palabras, como si estuviera pronunciándolas por segunda vez. Pensó: «En usted es la fuerza de la sangre».

Miró a la muchacha con sorpresa.

Rubita.

Se oprimió la frente con la mano.

Ella había dicho:

—Como guste. Supongo que debo darle las gracias.

Le acometió un agobiante deseo de marcharse, de volver la espalda, de emprender la fuga.

Nuevamente la fuga. Nuevamente el deseo.

Siempre.

—Prescindamos de cortesías —replicó. Apretó los puños hasta clavarle las uñas en la palma—. Lo ha entendido todo, ¿no? Debe prepararse. Llame a su abogado y a sus consejeros. El Consorcio comenzará a dar señales de vida en cualquier momento a partir de las diez. Quiero que se le incrusten en la mente dos ideas, dos ideas fundamentales, sin las cuales la maniobra fracasará: primera, que Salas no pagará los quince millones por gusto, sino coaccionado, por cuyo motivo recurrirá a cualquier ardid, a cualquier trampa, con tal de disimular que paga y poder recobrar posteriormente el dinero; segunda, que es capaz de atentar contra la persona de usted si cree que con ello saldrá del apuro. Esto significa que debe usted asegurarse de que el dinero le es efectivamente entregado, para lo cual todas las garantías son pocas, y al propio tiempo que necesita usted protección. Rodéese de gente, niéguese en redondo a abandonar esta clínica; si hay alguien en las fuerzas de policía en quien se atreva a confiar, prevéngale. A las diez daré mis órdenes a Florencio Salas y le señalaré para cumplirlas un plazo muy breve: dos horas, es decir, hasta medianoche. Fíjese bien en esto. A las

doce debe estar terminada la operación. A las doce y quince minutos llamaré yo por teléfono a este lugar y preguntaré cómo han ido las cosas. Si usted me dice: «Muy bien, enhorabuena, lo hemos logrado», estas tres expresiones consecutivas, significará que, ciertamente, todo ha ido bien. Si usted me da cualquier otra respuesta, si utiliza cualquier otra frase, o si falta una de las tres, significará que el Consorcio no ha cedido. En ambos casos, sabré lo que debo hacer.

—Muy bien, enhorabuena, lo hemos logrado —murmuró la joven.

—Eso es.

—Estará usted en peligro, naturalmente. Si yo voy a estarlo, usted lo estará mucho más aún.

—Eso no importa.

—¿No se trata de un sueño quimérico, señor Brown? ¿Es realmente posible obligar a Florencio Salas a hacer lo que usted pretende?

—Juraría que sí, y hay que intentarlo —Jerry se encogió de hombros con impaciencia—. Es ya inútil insistir sobre los detalles. He dicho cuanto tenía que decir. Permita que me retire, deseándole buena suerte... o lo que usted entiende por buena suerte.

—Un momento.

—No.

—¡Un momento, digo! ¿Volveremos a vernos?

—Ya sabe que no.

La muchacha avanzó y se situó en la puerta que comunicaba la terraza con el apartamento, interceptando el paso.

—Prescindiré de cortesías como usted quiere, señor Brown —su actitud era altiva, distante como la de una princesa, pero dentro de ella se adivinaban las llamas de un fuego abrasador—. No le diré cuánto agradezco su rasgo, los peligros a que se expone, el desinterés con que actúa... Sin embargo, usted no hace esto porque se considere culpable de la muerte de mi padre y desee ofrecerme una reparación. Dijo esta tarde que entonces había obrado como obró por causa mía, que se negaba a ayudarme por temor de mí, que soy yo, yo, una desconocida, quién está detrás de todo. ¿Es cierto?

—Sí —respondió secamente él.

—Pues bien, no consiento que se marche, no permito que salga de mi vida para siempre sin saber qué es lo que le ocurre conmigo. Solo esto, señor Brown.

—Solo esto.

—Sí.

Una extraña sonrisa apareció en los labios del hombre.

—Hubo un tiempo, nena, en que yo pertenecía en cuerpo y alma a ese mundo de monstruos, a esa selva del dinero y la ambición en que usted se mueve. En aquel tiempo conocí a una mujer de la que es usted el vivo retrato: una muñeca sensual, un gatito rubio de ojos grises, bella y de pura raza. He vuelto a verla, he vuelto a encontrarla cuando esta mañana ha aparecido usted en la galería de la casa de su padre. He vuelto a soñar. Hago esto en memoria suya. Lo hago por darle en cierto modo, a usted lo que no supe darle a ella.

—¿Murió?

—Sí.

—¿Fue su esposa?

—Sí.

Bajo los negros encajes, el cuerpo de la muchacha se estremeció.

—¿Hasta ese punto nos parecemos?

—Sí.

—No es culpa mía, señor Brown.

—No digo que lo sea. Por el contrario, es algo que le agradeceré eternamente —la sonrisa de Jerry se heló—. Ella amaba la vida y me amaba a mí, en una época en que yo creía que la vida y yo mismo no éramos sino dinero. La cebé con dinero, la enterré en dinero, la maté con dinero... Hasta después de su muerte no comprendí qué era lo que deseaba en realidad, lo único que yo no había sabido darle. Desde entonces lo he tenido en infinita cantidad: vida, libertad, aire y sol, ancho mundo, cosas que no se compran ni se venden. Podría dárselo a usted hasta saciarla, pero ahora sé que usted no lo desea. A ella nunca le permití elegir como a usted se lo he permitido... ¿Quince millones? Muy bien, no hay más que hablar. Muchas gracias. La mejor manera de comprobar que un sueño es solo un sueño, consiste en soñarlo por segunda vez. Estoy despierto ya.

La joven dijo forzosamente:

—No sabe cuánto me duele... Lo mucho que lamento...

—Sí, las frases que suelen pronunciarse en estos casos. Quítese de la puerta, por favor.

Ella se apartó.

Luego no hizo un ademán, no pronunció una palabra cuando Jerry pasó por su lado con la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

Despierto.

Sabía que él tenía razón: hubieran sido meramente el ademán o la palabra que suelen hacerse o pronunciarse en estos casos.

¿Y para qué? ¿Para qué, en suma?

* * *

Jerry abrió la puerta de la casita de piedra y madera.

Encendió la luz.

Ella estaba donde la había dejado: tendida de costado en el gran diván, en reposo, muy abiertos los ojos verdes.

Mirándole.

—Son casi las diez —dijo él—. La tregua va a terminar, y no quiero correr riesgos suplementarios. Debo sacarla de aquí, ocultarla en otra parte y amordazarla para que no grite.

Ella le miraba. Solo le miraba, en absoluto silencio, con un chisporroteo indefinible en el fondo de las pupilas.

—Muy bien —gruñó Jerry.

Fue al cuarto de baño, localizó el botiquín y tomó un paquete de gasa y un rollo de cinta adhesiva, que se echó al bolsillo.

Regresó.

Captó como un efluvio material la tensión que emanaba de la muchacha cuando se inclinó sobre el diván para tomarla a ella en brazos. No encontró, empero, resistencia. La tensión no era física. Magda se abandonó. Ni siquiera apartó la cabeza cuando su negro cabello rozó la mejilla masculina.

Jerry apagó las luces y la condujo al exterior.

Hacía una gran noche, perfumada por los aromas de la vegetación, tibia, transparente. Las ranas croaban a coro en la laguna. Un pájaro nocturno dejaba oír su canto en el bosque.

El coche estaba junto a la casa.

Jerry depositó a la muchacha en el asiento delantero. Sabía que ella había de sentirse incómoda, entumecida por las horas pasadas en la misma posición con las vueltas de alambre ciñéndole muñecas y tobillos, y sin embargo, se mostraba tercamente insensible.

—Quéjese —la invitó—. Diga algo.

Magda permaneció muda.

Los faros.

El motor en marcha.

El difícil camino.

Arriba, en la cresta, momentos antes de alcanzar la carretera general, Jerry detuvo el coche y apagó los faros. Tomó las gasas y la cinta adhesiva, con las cuales improvisó una mordaza.

La joven aceptó pasivamente que se la aplicara a la boca.

Adelante.

En lo alto de la zona residencial brillaban las luces del hotel Mirador Palace. Jerry sacó el coche de la carretera en cuanto las vio, lo metió en el bosque, maniobró para ocultarlo entre árboles y matorrales.

Los ojos verdes, en la penumbra, escrutaban obsesivamente su rostro.

—Esperará aquí. Un par de horas, muñeca. No más de un par de horas, a no ser que alguien, mientras tanto, me pegue un tiro.

Los ojos verdes.

Jerry sintió en el pecho la sorda punzada de la ira cuando cerró el coche y, oprimiendo entre sus dedos las llaves, salió del bosque a la carretera.

Las luces del Mirador Palace.

Desde el bar del hotel llamó a las oficinas de la Compañía General de Minas, Edificio Balboa, Avenida de la Libertad.

—Se retrasa usted —dijo la voz dominante, pero cansada, de don Florencio Salas. Eran las diez y siete minutos—. No admito excusas, Brown.

—Ni yo las doy —replicó Jerry—. Nunca me pasó por la mente acudir a esa cita.

—¿Cómo?

—Su hija se lo advirtió: era un pretexto para ganar tiempo y disfrutar de una tregua gratuita. Su hija, Frankenstein. Lo que usted más ama en el mundo...

—¡Brown! ¿Dónde está usted?

—No se asuste. Le devolveré a Magda viva si lo desea.

—Dice viva —la voz había perdido su cansancio—. ¡Dice viva! ¿Ha perdido el juicio? ¡Le he preguntado dónde está usted!

Jerry suspiró y miró en torno.

Solo.

Un mulato elegantemente vestido bebía una copa en el extremo opuesto del bar.

—Escúcheme bien, Frankenstein. Va usted a tener que trabajar de firme las próximas dos horas. Va usted a ponerse en contacto con todos los cachalotes del cobre de la ciudad y a movilizar a todos los banqueros si quiere recobrar a su hija ilesa. Le costará quince millones. Y será, sin embargo, un buen negocio, limpio, honesto y justo. Escúcheme bien...

Solo.

Despierto.

Vacío.

Jerry continuó hablando con la mirada fija en el mulato que saboreaba dichoso su copa.

Dichoso.

CAPÍTULO X

Doce, trece, catorce, quince.

Las doce y quince minutos.

Jerry sintió que el sudor se le helaba sobre la piel, produciéndole un escalofrío.

Ahora no había en el bar un mulato solo. Había alrededor de veinte personas, una tercera parte de ellas mujeres, que hablaban y reían con animación. En el transcurso de dos horas el ambiente del local se había tornado un tanto equívoco, y probablemente iría tornándose más a medida que avanzase la madrugada.

El teléfono.

El número de la clínica del doctor Mora.

—Habitación de la señorita Carreras.

Una voz femenina. Una voz modelo Hollywood:

—Permítame su nombre, señor.

—No.

—Tengo orden...

—¡Póngame! La señorita Carreras está esperando la llamada.

—Bien, señor.

Una voz de hombre:

—Diga.

Jerry se restañó el sudor con el antebrazo.

—Blanca Carreras.

—Sí, un momento.

Ella:

—¿Quién?

—Ya puede imaginarlo. ¿Cómo ha ido todo?

Un silencio.

Una agonía silenciosa.

—Muy bien. Enhorabuena. Lo hemos logrado.

—Santo Dios —murmuró Jerry.

Logrado.

—Pero usted morirá —la voz era oscura, había en su sonido la lúgubre majestad de un réquiem—. No tiene idea del cataclismo que ha desencadenado... No, déjeme hablar, Salcedo —era una conminación a alguien que se encontraba sin duda junto al aparato—. El Consorcio ha pagado el precio convenido, porque a fin de cuentas era un precio justo y en él iba incluida una deuda de

sangre. Pero a usted le matarán. Yo nada puedo hacer en su ayuda, absolutamente nada. Están en pie de guerra. Ahora ya sé lo que ha hecho usted: secuestrar a la hija de Salas; y toda la policía de la ciudad le persigue por ello, y Salas nunca le perdonará semejante ofensa. Han bloqueado las salidas de Torzado. Es una ratonera. Los teléfonos están intervenidos... Puede dar por seguro que nos escuchan y que el número desde donde me llama ha sido localizado enseguida...

—Esto a usted no debe preocuparla.

—¡Por favor! Yo no quería... No hubiera consentido...

—Falso, nena. Todas las rosas tienen espinas; no digamos una rosa de quince millones. Adiós.

—Dios le bendiga, Jerry Brown.

—Figúrese —rio él, amargamente—. Cuide de no atrapar un empacho de faisán y caviar con su dinero.

Cortó de un manotazo la comunicación.

Una agonía.

Logrado.

La muerte.

¿Por qué no?

Siempre parecía imposible, pero un día u otro terminaba la fuga. Un día u otro no había ya que escapar de según qué, y ante uno surgía de pronto el final del camino.

Jerry sonrió.

Anduvo a lo largo del bar, rozando a las personas que hablaban y reían animadamente. Alcanzó el jardín del hotel y se detuvo un instante para aspirar el aire fresco y embalsamado de la noche.

¡Teléfonos intervenidos!

Muy bien.

Siguió hasta la carretera, la cruzó y se internó en el bosque del lado opuesto.

El «Chrysler», en la oscuridad, entre los árboles, semejaba una gran bestia dormida.

Jerry abrió la portezuela delantera y encendió las luces interiores.

Los ojos verdes.

—Se acabó.

Primero libró a la joven de la mordaza, luego del alambre que trataba sus tobillos, por último del que ceñía sus muñecas.

Ella le dejó hacer en silencio.

—Todo ha terminado. Puede marcharse en cuanto se haya desentumecido lo suficiente para conducir.

Aguardó la respuesta en vano.

—¿No me oye? ¿No quiere saber al menos el motivo de todo esto? ¡Diga! ¿Por qué no pregunta?

La morena comenzó a moverse. Mudó de posición en el asiento, estiró brazos y piernas, se restregó las muñecas con vigor. Su cuerpo espléndido palpitaba lleno de vida bajo la blusa y los pantalones que cubrían belleza sin ocultarla.

Luego tomó de un compartimiento del *tablier* un paquete de cigarrillos y encendió uno.

Se colocó ante el volante.

—No tengo nada que preguntar, Jerry —dijo al fin. Su voz no expresaba sino aburrimiento—. Evíteme el relato de sus hazañas. Y si esto es realmente todo, adiós.

El titubeó.

—Me gustaría que no me guardara rencor.

—Déjelo. Tome su saco.

Jerry retiró del coche su saco de viaje.

Ella le miró un instante con el cigarrillo humeando entre sus turbadores labios, y después cerró la portezuela.

—Las llaves.

Él le dio las llaves.

No hubo más.

El motor en marcha, los faros encendidos, una maniobra.

El «Chrysler» avanzó lentamente a través del bosque, sorteando los obstáculos; salió por fin a la carretera, y en un momento desapareció.

Silencio.

Los rumores nocturnos de la espesura.

Luego se cargó el saco al hombro y echó a andar.

* * *

No fue muy lejos.

Allí estaban, en la carretera, paralelamente a la cual avanzaba él sin apartarse de la protección del bosque. A cierta distancia se distinguía la brasa de un cigarrillo. Tenían un coche parado en la orilla y hablaban a media voz.

Jerry se detuvo, depositó el saco en el suelo y trató de reflexionar.

Un coche.

Había ya pensado en ello. Si se alejaba de las vías de comunicación para perderse en la manigua, gozaría de un margen

de seguridad considerable. ¿Pero a qué conducía perderse en la manigua? ¿A dónde?

Asunto víveres.

¿Qué?

Prevenida la policía por una formal acusación de secuestro, ¿cuál era el refugio seguro?

Un coche le permitiría llegar a San Roque, a la zona de los cafetales sin horizonte, y ocultarse en el auténtico último refugio, en la selva, en línea recta, se alcanzaba la frontera. ¿Cuánto? Veinte, veinticinco kilómetros. La salvación definitiva estaba al otro lado.

La muerte en medio.

Jerry se pasó el dorso de la mano por la boca.

Los hombres eran cuatro y formaban corro a unos pasos del coche, conversando y fumando. Pero luego mientras los contemplaba, los faros de otro coche aparecieron en la carretera procedentes de la ciudad.

—Ojo —gruñó uno.

Bastó para que el grupo se dispersara. En un instante tomaron los hombres, posiciones.

El coche venía muy despacio, y en su techo, sobre el parabrisas, lanzaba destellos intermitentes una lámpara roja. Se detuvo cuando sus faros iluminaron de lleno el vehículo estacionado al borde de la carretera.

Policía.

Los cuatro hombres acudieron.

—Se le ha localizado —anunció alguien que hablaba en el interior del coche recién llegado—. Acaba de llamar por teléfono desde el Mirador Palace. En esta zona.

—Por aquí no pasó —dijo uno.

—Cuidado. Vamos a dar una batida a ambos lados de la carretera, partiendo del hotel. Atención si le veis, y atención a no freírnos a balazos a nosotros.

—Descuide, sargento.

El coche de la policía dio la vuelta, emprendió el regreso.

Apenas hubo desaparecido, Jerry cogió una piedra y la arrojó contra unos matorrales.

El ruido sobresaltó a los cuatro hombres, que continuaban reunidos en la carretera. Se miraron un instante.

—Id a ver —ordenó el que había hablado con la policía—. ¡Hala, id a ver! Nosotros os cubrimos...

Dos se dirigieron cautelosamente hacia el bosque. Llevaban sendas metralletas ligeras.

Jerry esperó.

Cuando los dos hombres se separaron, tomó del suelo otra piedra y avanzó sigilosamente hacia el que tenía más próximo.

Sonreía en la oscuridad.

Se disimuló detrás de un árbol, arrimados a este el brazo y el costado izquierdo; la mano libre, con la piedra.

El hombre tardó mucho en acercársele, pero lo hizo. La piedra le golpeó en la nuca, y el seco y violento impacto le derribó entre la maleza.

El otro oyó algo.

—¡Justino! ¡Eh, Justino! ¡Contesta!

Jerry se deslizaba ya hacia el con la metralleta en ristre.

—¡Justino!

Pensó: «Justino narices».

Apretó el gatillo del arma en el momento en que el fulano le descubría, y el chorro de balas hizo su tarea en menos de tres segundos.

Sonaron gritos en la carretera.

El hombre, derrumbado al pie de un árbol, dejaba oír un estertor.

Jerry intentó alcanzar el coche dando un rodeo. Cuando salió a la carretera descubrió sin sorprenderse que los dos hombres restantes, atemorizados, no se habían movido de allí. Resguardados por el talud, escrutaban ansiosamente el bosque.

Justino, repuesto del golpe, les llamaba y salía en aquel instante de la espesura.

Tres.

Con la metralleta preparada avanzó Jerry hacia el vehículo, primero despacio, protegido por las sombras, luego a la carrera.

—¡Eh, eh!

Visto.

Envió una ráfaga a los tres fulanos, saltó a un lado, abrió la portezuela del coche, montó.

Bien.

El motor en marcha.

¡Bien!

El trío abrió fuego, dos de sus componentes con metralletas, y el tercero, Justino, con una pistola. Durante unos segundos se sintió Jerry abrumado por la lluvia de plomo, actuando mecánicamente, poniendo el coche en movimiento no más que por instinto.

Luego oyó un ¡clanc! agudo y el motor cesó de funcionar.

¿Un coche, San Roque, la selva, la frontera?

Sí, hombre, sí.

Abierta la portezuela, Jerry se arrojó del vehículo. Localizó por debajo de este a los tres hombres, que disparaban aún sin haberse percatado de su maniobra; y por allí, por debajo, a ras de suelo, apuntó la metralleta, y mantuvo el gatillo apretado hasta que se agotó el cargador, cuando ya hacía unos momentos que sus tres enemigos eran meros pingajos de carne sin vida.

Silencio.

Jerry se levantó y volvió al coche.

No pudo ponerlo de nuevo en marcha.

Era el fin del camino.

Saltó a tierra y fue de cadáver en cadáver, recogiendo cuantos cargadores encontró para su metralleta, todos del mismo modelo y calibre. Luego se apostó junto a la carretera.

Sabía que vendrían. Unos u otros, tarde o temprano, pero vendrían. No había escapatoria. Solo que el último tiro no había sido disparado aún.

* * *

Los faros iluminaron el coche averiado y, en parte, a los hombres muertos en la orilla opuesta de la carretera.

Un frenazo.

Jerry afianzó la espalda contra el tronco de un árbol y levantó la metralleta, el dedo en el gatillo.

Alguien se apeó.

—¡Jerry!

No.

No, imposible, no, no.

—¡Jerry, ven aquí, pronto! ¡Jerry!

La blusa blanca, los ajustados pantalones azul-gris, Magda Salas entró en el doble haz luminoso.

Jerry se humedeció los labios con la lengua.

—¡Dile a tu padre que yo no muerdo esa clase de cebo! ¡Lárgate!

Ella avanzaba a plena luz.

—Vengo sola, Jerry. Vengo por propia voluntad.

—¡No lo creo!

—Te lo juro.

Él se puso en pie, cuidando de que el resplandor de los faros no le alcanzase.

—Acércate.

Un momento después la tenía a su lado, su tibia presencia, su

agitada respiración, su tenue perfume, sus verdes ojos brillantes en la sombra.

—Vámonos, Jerry.

—Es una trampa.

Su mano.

—No seas tonto, no es una trampa —su acariciante risa—. Me voy contigo. Esto se acabó. Todo. Debiste haberlo comprendido mucho antes.

Él estaba rígido.

—Nena, yo no me dejo engañar. Aprendí en cierta ocasión...

—Olvida ahora todo lo que aprendiste —las dos manos de ella oprimían su antebrazo—. Jerry, por favor, esto es el principio de algo completamente nuevo. Te he visto luchar, aunque haya sido utilizándome a mí como arma... ¿Recuerdas lo que te dije esta tarde? Aquí, en Torzado, junto a mi padre, ha estado mi sitio, lo he elegido a conciencia; pero solo mientras había que luchar, mientras había que dar y recibir según la ley de la selva. Esto es lo que llevo en la sangre, y esto es lo que en Torzado ha terminado para siempre. Jerry, yo no soy una rica heredera provinciana, yo no lo puedo ser. Tenías razón: cuando esta mañana te invité a quedarte en la ciudad, no lo hice como joven de buena familia; lo hice, simplemente, como mujer —la presión de las manos era desesperada—. Como mujer te pido ahora que me lleves contigo, Jerry... Porque te quiero...

—No —murmuró él.

—No me crees.

—No puedo creerte.

—Jerry, es la verdad, y tú lo sabes. Quiero ser tu mujer, quiero ir contigo a San Roque, adonde sea, para luchar a tu lado hasta levantar nuestro propio mundo. Tú sabes que es verdad. Tú me conoces.

Jerry trató de sonreír.

—Esas cosas no ocurren más que en sueños. Yo mismo las he soñado: la millonaria y el proscrito. Ni hablar.

—Pero tú sabes que no es el dinero lo que me importa.

—No, no lo sé.

—Déjame demostrártelo.

—Demasiado tarde, muñeca. Me he convertido en una bestia acorralada. Tu padre...

—Le he dicho a mi padre que me voy contigo.

—Estás loca.

—No lo estoy. He dicho a la policía que me encontraba a tu lado

por propia voluntad, que la acusación de secuestro es ridícula, que todo se debía a una mala interpretación. He dicho que volvía a marcharme. Soy mayor de edad, soy libre, soy una mujer. ¿Qué más da? No quiero dinero, no quiero respeto, ni quiero estatuas en mi jardín, no quiero en mi casa balaustradas francesas. No quiero sino amarte, luchar por ti y vivir contigo. Amar y vivir, Jerry... Por favor, ¡escúchame!

—Amar y vivir —susurró él.

Ella le miró un instante a los ojos.

—Aparta ese trasto. Apártalo. Déjame demostrarte...

La metralleta se deslizó entre los dedos de Jerry y cayó a tierra.

Olvidada.

Más tarde, mientras el bello «Chrysler» gris y plata volaba sobre el asfalto en dirección a San Roque, él se tocó los labios con las yemas de los dedos, como para asegurarse de que aquel beso ardiente, enloquecido, exasperado, había sido una realidad.

Fue entonces cuando pensó por primera vez que, al fin y al cabo, quizá fuera así como ocurrían las cosas. Quizá una noche, cualquier noche, terminaba todo, y se olvidaban las armas, y los muertos enterraban a sus muertos, y con la aurora, la vida volvía a comenzar.

Quizá tenía una meta el eterno camino.

FIN

"—Aquellos tipos no se andaban con tonterías: "Te arrancaremos la piel a tiras si no hablas"..."

"Tuddy empezó a cortar. Sentí en mi carne el frío del acero. Dos incisiones fueron practicadas en mi piel para arrancar una tira de la misma. Apreté los labios, pero el dolor..."



Este es uno de los más emocionantes pasajes de la novela

LA PIEL A TIRAS

Original del popular autor

CLARK CARR - DCS

quien ha conseguido una obra de intriga, de acción y de dinamismo sin par, en la que se alternan las situaciones policiacas más trepidantes con las del más apasionado de los amores

LA PIEL A TIRAS

¡Un relato que tardará usted en olvidar y que, cuando lo lea, guardará en el rincón preferido de su biblioteca!

COLECCION SERVICIO SECRETO

se complacerá en publicarlo dentro de siete días

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2.

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

• ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

739 — Isabel Salueña
NUESTRA MELODIA

COLEC. "MADREPERLA"

685 — María Nieves Grajales
LA MUCHACHA DEL
BOSQUE

COLECCION "ROSAURA"

579 — María Teresa Sesé
HAY UN SECRETO EN MI
VIDA

COLECCION "AMAPOLA"

466 — Mercedes Escalante
VUELVE EL PASADO

COLECCION "ALONDRA"

400 — Corín Tellado
YO NO SOY ASI

COLECCION "CAMELIA"

841 — Jesús Navarro
QUERIDA RUTH

COLECCION "CORAL"

181 — Corín Tellado
NEREYDA

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

680 — Cliff Bradley
JOE, EL SOMNOLIENTO

Col. "SERVICIO SECRETO"

544 — Mark Halloran
ENTERRAD VUESTROS
MUERTOS

COLECCION "BUFALO"

377 — M. Lafuente Estefanía
LLUVIA DE PLOMO

COLECCION "TEXAS"

245 — Joe Mogar
EL SUSTITUTO DEL
MUERTO

COLECCION "CALIFORNIA"

224 — Clark Carrados
RANCHO PANTEON

COLECCION "COLORADO"

169 — Alf. Regaldie
LA LEY DEL PLOMO

COLECCION "KANSAS"

135 — Keith Luger
HOMBRES MARCADOS

Col. "HEROES DEL OESTE"

117 — M. Lafuente Estefanía
LASTRADOS CON PLOMO

COL. "ASES DEL OESTE"

87 — Raf Segrram
LA VENGANZA DEL
MULATO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2-Barcelona-Hipólito Irigoyen, 646-Buenos Aires



*Una Historia
de los Tiempos
de Cristo*

¡La película de los once "oscar"!

LEA la única edición que incluye entre sus páginas fotogramas
de la gran producción METRO-GOLDWYN-MAYER del mismo título

COLECCION JOYAS LITERARIAS

32 fotografías a todo página

Un volumen de 476 páginas
125 pesetas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

¡Ay, nene, qué risa me da!



¡Y es que es bueno de "verdá"! El
ALMANAQUE PARA 1961 DE

TIOVIVO

¡ESTÁ A LA VENTA!

SOLO CUESTA 5 PTAS.

**BRAVO
OESTE**

**¡LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO
ESCRIBEN PARA LA
MEJOR COLECCION!**



**¡RELATOS DE
DINAMISMO
INCOMPARABLE!**

**¡LAS PAGINAS
MAS VIOLENTAS
DE LA HISTORIA
DEL SALVAJE
OESTE!**

COLECCION

BRAVO OESTE

**UN NUEVO EXITO DE
BOLSILIBROS BRUGUERA**

6 PTAS.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

¡Una auténtica novedad!

que muy
pronto estará
a la venta

**2 COLECCIONES DE
NOVELAS GRAFICAS**



CELIA

y

**AS DE
CORAZONES**



y una
sección
Inédita

**DISCO
FICHA**



cada semana tres novedades musicales,
con las portadas ¡A TODO COLOR!, de los
discos para que podáis COLECCIONARLAS

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª, núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 - LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B. - SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 49 CIUDAD TRUJILLO

ECUADOR: Agencia Selecciones - Aguirre, 717. GUAYAQUIL

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA: Des Angles International, 408 East, 11St. - New York, 23 N. Y. (Para bolsilibros).

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 - GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 - MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones 29 Este, núm. 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 133 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 456. LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



*Janet Leigh
& James Stewart*

N.º 1231

Estos conocidos actores nacieron respectivamente en Merced (California), el 26 de julio de 1927 y en Indiana (Pasadena), el 12 de octubre de 1920. Ambos gozan de la simpatía y adhesión del público.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 pías. * Impreso en España - Printed in Spain